JOAQUIN DICENTA (HIJO)
ANTONIO PASO (HIJO)
JOSE FORNS

LA REINA PATOSA

COMEDIA LÍRICA EN TRES ACTOS



COPYRIGH, BY J. DICENTA Y A. PASO

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
CALLE DEL PRADO, NÚM. 24
1923

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/lareinapatosacom00forn

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia
943.

LA REINA PATOSA

LA REINA PATOSA

COMEDIA LÍRICA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

JOAQUIN DICENTA (HIJO)

Y

ANTONIO PASO (HIJO)

MÚSICA DE

JOSE FORNS

Estrenada con gran éxito en el Teatro Cómico, de Madrid, el día 30 de Octubre de 1923



MADRID
GRAFICAS RUBIMEDRA
Calvario, 13
1923

REPARTO

ANA....................	Sra. Guzmán.
RUFA....................	» Argota.
MAGDALENA (niña).......	Srta. Asensio.
PAQUITO (niña)..........	» Haro (C.)
LULÚ....................	Sra. Blasco.
ODETTE.................	» Albertos.
MARGOT.................	Srta. Terán.
MARY....................	» Tetuá.
MOZA 1.ª................	» Bellver.
MOZA 2.ª................	» Gañamón.
TIMOTEO................	Sr. Bori.
ENRIQUE................	» Marín.
DON SABAS.............	» Parra.
EL BARON DE POMMERY.	» Bretaño.
PADRE CAYETANO.......	» Abolacia.
LAZARO.................	» Asensio.
DON PANCHO............	» Esteves.
JESUS..................	» Alcaine.
CARLOS.................	» Vilches.
LUIS....................	» Alcaine.
ARTURO.................	» Buendía.
UN VIOLINISTA..........	» Bellver.
UN CAMARERO..........	» Romero.
MOZO 1.º...............	» Vilches.
MOZO 2.º...............	» Bellver.

Mozas, mozos, tanguistas, caballeros, pollos «bien», camareros y zínganos.

La acción del primero y tercer acto en un pueblo de la Bretaña francesa: la del segundo, en París. Epoca actual.

A

GLORIA GUZMÁN

QUE TANTA PARTE TUVO EN EL BUEN ÉXITO
DE ESTA OBRA, CON LA ADMIRACIÓN
Y EL AGRADECIMIENTO DE

Joaquín Dicenta. *Antonio Paso.*

722928

Acto primero

Una plaza en un pueblo de una pintoresca región francesa. Al foro, telón, representando la aldea. A la derecha del foro, un camino en cuesta, que baja hasta el escenario. En el centro, una fuente de cuatro caños. A la derecha, la casa donde vive Timoteo con sus padres. A la izquierda, la casa del cura, con emparrado. Al levantarse el telón aparece Timoteo a la puerta de su casa, componiendo zapatos. Cuando la acotación lo indique, saldrán Clara, Andrea, Moza primera, Moza segunda y varias Mozas más.)

MUSICA

El zapatero de la aldea
trabaja el pobre sin cesar;
el zapatero
quiere ganar dinero,
porque desea
con una moza de la aldea
ir caminito del altar.

Mozas. (Saliendo y riéndose de él.)
El zapatero de la aldea
trabaja el pobre siempre así,
que el zapatero
trabaja muy ligero
por una moza
que está esperándole gozosa
para hacerle muy feliz.
(Rodean a Timoteo, y juegan a su alrededor.)
Timo, ven aquí.

Timoteo. Déjame, por Dios.

Mozas. Ven cerca de mí.

Timoteo. ¡Que no!
Mozas. ¡Que sí!
Timoteo. ¡Que no!
Mozas. ¡Que sí!
Timo, de tanto machacar,
Timo, de fijo has de enfermar.
Timoteo. Vaya, dejadme trabajar,
pues quiero terminar
este zapato.
Mozas. Descansa un rato
y deja la labor,
porque te brota ya el sudor.
Timoteo. ¡Basta, dejadme, por favor!
Mozas. Ven a hablar conmigo,
que es mejor.

(Timo lucha con ellas, y al fin vuelve a sentarse.)

HABLADO

Timoteo. ¡Sí, sí! Reirse de mí.

Moza 1.ª El caso no es para menos.

Clara. Mira que ir a enamorarte de una guardadora de patos, a quien conocen en el pueblo por la Reina Patosa...

Timoteo. ¡La Reina Patosa!... ¡La Reina Patosa!... Ninguna de vosotras sirve pa descalzarla.

Moza 1.ª No creí que esa pavisosa se te hubiera metío tan adentro.

Timoteo. (Clavando una tachuela.) Pues, sí; se me ha metío muy adentro. (Clavando fuerte.) Muy adentro. (Mirando la bota.) Pero que muy adentro. Dame las tenazas, Clara.

Clara. ¿Qué dices?

Timoteo. Que me des las tenazas, que se me ha metío muy adentro.

Clara. ¿La Patosa?

Timoteo. La tachuela... Y también la Patosa. Ahora que para la tachuela están estas tenazas, y la Patosa no hay quien me la

arranque de aquí. (Se golpea fuertemente el pecho, y tose.)

Moza 1.ª Pues no te ha dao poco fuerte.

Timoteo. (Tosiendo.) Sí que me he dao un poco fuerte, sí.

Clara. Pues a pesar de todo, tus padres siguen oponiéndose al noviazgo.

Timoteo. Pues me caso con ella, y me caso este invierno, y me caso en enero... (Dándose un martillazo en un dedo.) ¡Y me caso diez!

Clara. ¿En 10 de enero?

Timoteo. No; que me caso en diez, porque me he deshecho un dedo. Y todo, por culpa de ésta. (Por Clara.)

Moza 1.ª ¿De ésta?

Timoteo. Sí; mira cómo tengo la yema, por culpa de la Clara; me pone atn nervioso...

Clara. Porque te digo la verdad.

Timoteo. ¿Dejar yo a Ana? Eso es imposible. ¡Dejarla, cuando la quiero desde que éramos así! (Señalando a dos palmos de suelo.)

Clara. ¿Y cuándo os hicisteis novios?

Timoteo. Hace mucho tiempo. Aún le vivían sus padres. Fué una tarde en que yo iba a aventar el trigo en el cerro de la Golondrina. Ella venía con una pata entre los brazos, y llorando como una Magdalena. A la cuenta, le había dao un mal al animalito. Yo me ofrecí a curarlo, y ella, mirándome con ojos muy dulces y muy inocentes, me dijo: «Si me curas este animalito, pídeme lo que quieras.»

Moza 1.ª ¿Y tú?

Timoteo. Pues yo... Yo le curé la pata, y le pedí la mano. (Las mozas ríen.) ¡Sí, sí, reirse! Pero yo salvé al pato, y eso que estaba a punto de hincar el pico. Y a ver si dejáis de darme la lata, que esto es ya mucho machacar. (Martilleando.)

Clara. Bueno, hombre, no te pongas así. Queda con Dios.

Moza 1.ª Y salud, pa querer a la Patosa.

Andrea. Y a ver si tenemos boda pronto.

Moza 1.ª ¿No vienes tú, Andrea?

Andrea. Me quedo en casa, que está para salir mi tío el cura.

(Salen riéndose las mozas. Andrea entra en la casa.)

Timoteo. ¿Y entoavía se ríen? Esto no hay quien lo aguante. De mí no se ríe nadie más. Hoy mismo hablo con mis padres. Sí, eso es lo mejor. (Levantándose indignado, con un zapato en la mano.) ¡Vaya, esto se ha terminado.

P. Caye. (Saliendo de su casa.) ¿Que se ha terminado, hijo mío? ¡Gracias a Dios!

Timoteo. ¿Qué dice usted, padre?

P. Caye. Que gracias a Dios que has terminado mis pobres zapatos, que hace dos meses que te los di para arreglar.

Timoteo. ¡Si yo no me refería a los zapatos!

P. Caye. Entonces, ¿de qué hablabas?

Timoteo. De mi novia. (Se pone nuevamente a clavar los zapatos.)

P. Caye. Debí figurármelo, porque tú, pensando en tu novia, das una en el clavo y ciento en la herradura.

Timoteo. ¡Padre, que son sus zapatos!

P. Caye. Es verdad. ¡No sé lo que me digo!

Timoteo. ¡Si es pa encenderse sin cerillas! Y que no hay medio de convencer a mis padres de que me dejen casarme con Ana.

P. Caye. Por culpa de ella me tienes todo ese tiempo sin zapatos. Y esto no te lo perdono.

Timoteo Padre, no sea usted así; Cristo perdonó.

P. Caye. Porque no le tuvieron dos meses unos zapatos sin arreglar.

Timoteo. No se apure usted, que se los tendré hoy mismo.

P. Caye. Menos mal; porque contigo hay que tener más paciencia que el santo Job.

Timoteo. Más santo que ese santo es usted.

P. Caye. Gracias, hijo mío; pero yo, como todos los hombres, también tengo mis pecados.

Timoteo. ¡Usted qué va a tener pecados!...

P. Caye. No digo yo grandes pecados; pero sí algunos lunarcillos. En mi vida, que yo recuerde, tengo dos pequeñas faltas...

Timoteo. ¡Usted qué va a tener!...

P. Caye. Sí, hijo, sí... Tengo dos lunares, tengo dos lunares, y bien arrepentido estoy. En fin, voy a dar la diaria lección a los chicos del pueblo. Me marcho a buscar a esos pobrecitos, que se acercarán a mí como los polluelos a la mano que les echa el trigo. (Dirigiéndose al foro.) ¡Pío! ¡Pío!

Timoteo. ¿Aquién llama usted?

P. Caye. Al sacristán, que va por el camino con el burro del boticario. (Llamando, mientras hace mutis por el foro izquierda. ¡Pío! ¡Pío!

(Pausa. Salen de la casa de la derecha Lázaro y Rufa.)

Rufa. ¿Aún están trabajando, hijo mío?

Lázaro. ¡Cuidao que eres vago!

Timoteo. ¿Vago yo?

Lázaro. Sí; y en eso has salido a tu madre.

Rufa. ¡Lázaro!

Lázaro. ¡Si el día que lavas un pañuelo te tienes que acostar!

Rufa. Porque ya sabes que me ataca la gota.

Lázaro. Pues escúrrelos bien.

Rufa. Es que tú la tienes tomada conmigo y con el chico.

Lázaro. Naturalmente; yo le enseñé el oficio para que fuera el «as»; pero, como siga así, se queda en el siete.

Rufa. Pues tú no te matabas.

Lázaro. ¿Cómo que no? Yo cogía unas botas, y hasta que no las dejaba listas, no para-

ba. Acuérdate de las noches que entraba en casa con las botas en la mano.

Rufa. Pa que yo no sintiera que llegaban tarde.

Lázaro. Es que yo era más trabajador que éste, y mejor zapatero que éste. Pa mí no tenía secretos el material. Lo mismo trabajaba en lonas que en cueros.

Rufa. Exageras, Lázaro.

Lázaro. ¿Que exagero? En lonas, no digo; algunos había que estaban a mi altura; pero en cueros, en cueros estaba yo mejor que nadie.

Rufa. Eso te crees tú.

Lázaro. Y parece mentira que tú me lo discutas. En cambio éste... éste no ha salido a mí en lo trabajador.

Rufa. Cuando digo que la tienes tomá con el chico.

Timoteo. Tiene usted razón, madre; esta misma mañana había que ponerle punteras a los zapatos del señor cura, y como yo tenía que arreglar otra cosa, le llamé a usted, diciéndole: «¡Padre, pégueme usted las dos punteras...»

Rufa. ¿Y te las pegó?

Timoteo. ¡Como que todavía me está doliendo!

Lázaro. Como que tú querías que yo lo hiciese, porque ni siquiera sabes poner unas punteras en su sitio.

Timoteo. Pues usted sí que sabe.

Lázaro. Lo que te pasa es que estás embobalicao con Ana, y no trabajas ni haces na a derechas... Y harás que nos quedemos sin parroquia.

Timoteo. ¡Qué vamos a quedarnos!

Lázaro. Suponte que el cura se cansa de que le tengas dos meses sin arreglar sus zapatos, y busca otro zapatero.

Timoteo. ¿Y qué?

Lázaro. Que como se nos vaya el cura, nos quedamos sin la parroquia. ¡Si hace tres me-

ses que tienes que arreglar los elásticos de la hija del albéitar!

Timoteo. Dos días llevo con ellos.

Lázaro. Pues no te han dao poco de sí los elásticos!...

Y todo por esa Patosa de los demonios.

Rufa. Parece mentira, Lázaro; parece mentira que no tengas más compasión de esa criaturita que, apenas contaba nueve años, cuando la recogimos, porque se quedó huérfana.

Lázaro. Tú la defiendes, porque la quieres demasiado. Y al final, ya verás cómo te lo paga.

Rufa. ¿Cómo quieres que me lo pague?

Lázaro. Como el hijo de Don Sabas, el señor duque, a quien criaste tú, que fué hermano de leche de nuestro hijo, y que desde que se marchó a París, donde ya tiene una excelente posición, ni siquiera escribe.

Timoteo. No tendrá tiempo.

Lázaro. En fin, vamos para dentro, que yo voy a echar un ratito la siesta, y quiero que tú prepares los sacos de trigo, para enviarlos al molino cuando venga Jesús.

Timoteo. Está bien.

Lázaro. Y a no pensar más en la Patosa.

Rufa. Paciencia, hijo, paciencia.

(Hacen mutis por la puerta de la casa.)

Timoteo. (Siguiéndoles.) Pues, a pesar de todo, me casaré con ella. (Hace mutis. Pausa.)

(Aparece por el foro Ana, con una vara, con la que dirige unos cuantos patos. Trae otro entre los brazos.)

MUSICA

Ana.

¡Ohé! ¡Ohé! ¡Ohé!
Ven aquí, patito,
no vayas deprisa,

no me hagas correr;
mira que si corres
te daré un palito,
te daré un palito
que te va a doler.
(Pausa. Persigue a los patos.)
Mis patos son mi consuelo, son mi alegría
y son, por los verdes prados, mi compa-
[ñía,
y muy ufana,
los saco de paseo por la mañana.
Desde muy niña
guardo los patos,
y alegres ratos
me hacen pasar,
y cuando alguno
se pone enfermo,
ni como, ni bebo, ni río, ni duermo,
hasta que vuelve a sanar.
Mire usted qué pato,
mire usted qué pata,
mire qué bonita,
qué bien hecha está;
si toca la pata,
le doy dos cachetes;
si me toca el pato,
le doy dos «patás».

¡Ohé! ¡Ohé! ¡Ohé!
Ven aquí, patito...
no vayas de prisa,
no me hagas correr.
Mira que si corres
te daré un palito,
te daré un palito
que te va a doler.

HABLADO

Rufa. (Saliendo de la casa con Magdalena, a quien entrega unas botas.) Anda, Mag-

dalena, lleva estas botas a casa del padre Cayetano.

Magdalena. Volando, madre. (Entra en la casa indicada.)

Rufa. (A Ana.) ¿Ya estás de vuelta?

Ana. Sí, señora Rufa; toda la mañana he tenido a los patos a la vera del río. Los pobres agradecen tanto estar en sitio donde haya agua...

Rufa. Pero, aquí no están todos.

Ana. No, señora. Aquí no están más que la «Bertini», «Charlot», «Fatty» y el «Conde Hugo».

Rufa. Pero, ¿por qué los pones esos nombres?

Ana. Porque desde que vinieron en las fiestas aquellos hombres que trajeron el «cine», no pienso más que en ello, y claro...

Rufa. Bueno, pero, ¿y los otros patos?

Ana. Ellos solitos se han metido en el corral; éstos no querían entrar, por más que yo les amenazaba con la vara, y yo me dije: ¿Aún no tenéis ganas de descanso? Pues pasearéis un rato por la plaza, lo mismo que si fueseis señoritos del pueblo.

Rufa. ¿Y la pata grande?

Ana. También está en el corral, con todas sus crías. ¡Y si viera usted qué guapos están los patines! Y ya me quieren lo mismo que los grandes.

Rufa. No hacen más que corresponderte.

Ana. Eso, sí; lo que más quiero en el mundo son los patos.

Rufa. ¿Estás segura de que los quieres más que a nadie?

Ana. ¡Sí, señora, sí!...

Rufa. ¿Más que a mi hijo?

Ana. ¡Qué cosas dice usted, señora Rufa!... (Avergonzada.)

Rufa. ¿No es tu novio?

Ana. ¿Y yo, qué sé?...

Rufa. ¿Cómo que no lo sabes?

Ana. Un día estaba enfermo un pato, y yo le

dije: «Si me lo curas, pídeme lo que quieras.» El lo curó, y me pidió la mano.

Rufa. ¿Y tú?...

Ana. Yo le di ésta, así, y él la cogió. Y al día siguiente, va y me dice: «Ana, ya somos novios.» «¿Y desde cuándo?», le contesté yo. «Desde ayer.» «Eso no es verdad.» «Tú me diste tu mano, y cuando se da la mano, es pa casarse.» A mí me extrañó mucho, porque el cura me ha dao la mano muchas veces, pa que yo se la besara, y no creo que piense casarse conmigo.

Rufa. Pero, ¿tú y Timo sois novios, o no?

Ana. El dice que sí.

Rufa. Y tú, ¿qué dices?

Ana. Que él sabrá por qué lo dice.

Rufa. Pues has de saber que mi marido no está conforme con el noviazgo.

Ana. Que se lo diga a Timo.

Rufa. Ya se lo ha dicho.

Ana. Y Timo, ¿qué ha contestado?

Rufa. Que se casará contigo, por encima de todo.

Ana. Pues si Timo lo dice, nos casaremos.

Magdalena. (Saliendo de la casa del cura.) Ya está entregao el par de botas.

Ana. Pues no te alejes mucho, que yo voy a un recao, y pué querer algo tu padre. (Cruza la escena, y desaparece por segundo término.)

Magdalena. Ana, ¿en qué estás pensando?

Ana. En una cosa que me ha dicho tu madre.

Magdalena. ¿Qué ha sido ello?

Ana. Oye, Magdalena: ¿tú tienes novio?

Magdalena. ¿Yo?

Ana. Sí; ¿lo tienes?

Magdalena. ¿Quién te lo ha dicho?

Ana. Si es que te lo pregunto.

Magdalena. Pues sí que lo tengo; pero no se lo digas a mis padres: es el hijo de Jesús, el molinero...

Ana. Y cuando os hicisteis novios, ¿no te pidió la mano?

Magdalena. No; pero estaba yo aquí, sentada, comiendo un pedazo de pan, cuando se me acercó, y me dijo: «Magdalena, si quieres que sea tu novio, dame un cacho.»

Ana. ¿Y tú?

Magdalena. Yo, se lo di, y desde entonces somos novios.

Ana. Pues cada vez lo entiendo menos.

Jesús. (Dentro, cantando.)

> Camino del arroyo
> voy al molino,
> que si se hace de noche
> no muelo el trigo.

Magdalena. ¿Oyes, Ana?

Ana. Sí; es la voz de Jesús, el molinero.

Magdalena. El padre de mi novio; cuida con no decirle que soy la novia de su hijo.

Jesús. (Entrando en escena por la derecha, segundo término, en un burro.) ¡Só, «Robespierre»! (Se apea.) Buenas tardes, chiquillas.

Ana. Buenas las tengas.

Jesús. Hola, Ana. ¿Sabes que te estás poniendo muy guapota? (A Magdalena.) Y tú, cómo creces.

Magdalena. ¿Dónde vas?

Jesús. Al molino. ¿Y tu padre?

Ana. Ahí dentro; se acaba de echar en la cama.

Jesús. Pues tié que levantarse, pa darme el trigo que quiere que le muela. (Llamando en la puerta de la casa.) ¡Lázaro! ¡Lázaro! ¡Levántate, y anda!

Ana. ¡Que le llama Jesús!

Lázaro. (Dentro.) ¿Quién?

Magdalena. ¡Jesús, el molinero!

Lázaro. (Dentro.) ¡Allá voy!

Jesús. (Al burro.) Estate quieto, «Robespierre».

Ana. Quieres al burro tanto como yo quiero a los patos

Jesús. Como que es mi ojo derecho. Ayer se me escapó, y se fué al abrevadero, donde había tres burras.

Ana. ¿Y qué?

Jesús. Que tú no sabes la revolución que armó «Robespierre»...

Lázaro. (Saliendo de la casa, y oyendo las últimas palabras.) Algo de eso he leído yo. (Dejando a un lado un saco que traía.) Aquí está el trigo que tengo pa moler.

Jesús. Ayúdame a cargarlo en el burro.

Magdalena. Oye, Jesús: ¿por qué no me llevas al molino? (Mientras cargan el saco.)

Jesús. Porque no pué ser; va el burro muy cargao.

Magdalena. Pues yo quiero ir...

Jesús. Que no pué ser.

Magdalena. ¡Pues voy!

Lázaro. ¡Chica, no seas burra!

Ana. No la llame usted burra, que mire qué orejas ha puesto «Robespierre».

Jesús. ¿Y qué?

Ana. Que como te descuides te quedas sin trigo.

Jesús. Ea, hasta más ver. (Hace mutis por la derecha. Por la izquierda entra Rufa. Lázaro se ha metido en la casa.)

Magdalena. (Llorando.) ¡Yo quería ir! ¡Yo quería ir!

Rufa. ¡Yo quería ir! ¡Yo quería ir!

Ana. ¿Por qué llora la Magdalena?

Magdalena. Porque se ha ido Jesús.

Rufa. ¡Es que yo quiero ir al molino!

Magdalena. Lo que debes hacer es irte a dar clase con el cura, que en su huerto le tienes.

Magdalena. ¡Madre!

Rufa. Andando. (Entra en la casa.)

Magdalena. ¿Has visto? Yo que quería haber ido un rato a jugar con mi novio...

Ana. ¡Qué le vas a hacer! Mañana será.

Magdalena. (Señalando a la casa.) Mira, ahí viene el tuyo; os dejo solos, que cuando yo estoy con mi novio, tampoco me gustan las

compañías. (Hace mutis por el foro izquierda. Sale Timoteo de la casa.)

MUSICA

imoteo. Al fin te veo,
mi linda flor.
na. Mi Timoteo,
imotec. Mi dulce bien.
Tristes mis ojos
están de amor
si no te ven.
na. Con Timoteo
soy muy feliz;
mas un deseo
de libertad,
soñar me hace
con ver París,
la gran ciudad.
Por el «boulevard»,
todos tras de mí,
vendrán haciéndome el amor.
moteo. Debes de callar.
¡Voy a darte así! (Acción de pegar.)
a. ¿Tendrás valor?
¡Pegarme a mí!...
En el «boulevard»,
al verme pasar...
noteo. Voy a perder
yo la razón.
a. Todos tras de mí,
me dirán así:
«Daré por ti
mi corazón.»
noteo. París olvida,
mi dulce bien;
en esa vida
no has de pensar...
Si París ríe,
París también
te hará llorar.

Ana. Yo no te creo,
y he de dudar.
Timoteo. Cruel deseo,
loca ambición.
Ana. Pues deja a mi alma
con su ilusión
soñar, soñar...
Déjame creer
ser otra mujer,
y mi ilusión
deja vivir.
Timoteo. Ten más caridad,
calla, por piedad.
Tu terquedad
me hace sufrir.
Ana. Yo a la ciudad
quisiera ir.
(Evolucionan.)
Todos, tras de mí,
me dirán así:
«El corazón
daré por ti.»
¡Ay, mi ilusión!
Timoteo. ¡Pobre de mí!

HABLADO

¿Verdad que me quieres, Ana?

Ana. Te quiero; un poco menos que a mis p tos, pero te quiero.

Timoteo. Sí; pero, a pesar de eso, mira lo que ac bas de decirme: que sueñas con Par que te gustaría ir allí.

Ana. Para volver luego, y casarme contigo.

Timoteo. No es eso, no.

Ana. Pues, ¿qué es

Timoteo. Tú piensas en París, y sientes deseos ir allá, porque allí vive cierta persona
¿De quién hablas?

Timoteo. ¿De quién ha de ser? Del hijo de D Sabas, el señor duque; de mi herma de leche; de Enrique...

Ana. ¡Enrique!...

Timoteo. ¿Lo ves? Si sólo oir mentar su nombre te pone triste...

Ana. No, Timo; aquéllo ya pasó.

Timoteo. Pasó porque el señor duque, que venía aquí todos los veranos con su hijo, se enteró de que éste te quería, de que, olvidando que él era duque, como su padre, y tú guardadora de patos, Enrique pensaba casarse contigo, por encima de todo.

Ana. ¡Eramos tan jóvenes!...

Timoteo. Don Sabas, para que Enrique te olvidase, se lo llevó a París, y ya Enrique no ha vuelto por el pueblo. Por eso, aquéllo se acabó para siempre; pero tú le recuerdas aún, y le quieres. Y ello es lo que te hace soñar con París.

Ana. No; es que allí, trabajando, se hace dinero, y si yo fuese, trabajaría, y volvería rica.

Timoteo. Si rica ya lo eres. (Con dulzura.)

Ana. ¡Tonto! Volvería rica, y compraríamos una casa en el pueblo; y una zapatería, con muchos zapatos, para ti, y un corral con muchos patos, para mí. Una patada grande, muy grande... ¡Menuda patada!

Timoteo. Menuda patada te voy a dar como sigas hablándome de esa manera. ¡Ingrata! Yo no quiero riquezas; yo no quiero más que a ti.

Ana. ¡Pero si esto de marcharme es un sueño!

Timoteo. Pues no sueñes. Porque sólo de pensar que podías irte, me entra una tristeza muy grande, muy grande... Y, además, que si tú te fueses, yo iría a buscarte, aunque estuvieses en el fin del mundo. Y basta ya.

Ana. ¿Dónde vas?

Timoteo. A entregar esto a la salida del pueblo. (Unas botas que lleva en la mano.) Tardaré un rato.

Ana. Hasta luego, Timo.

Timoteo. Hasta luego, Ana. Y que no pienses esas cosas. (Timoteo hace mutis por el segundo término derecha. Ella queda diciéndole adiós. Entran por la izquierda el Padre Cayetano, Magdalena, Paquito y otros muchachos.)

P. Caye. Ea, hijos míos; venid aquí, a sentaos bajo el emparrado de mi casa, y os haré las últimas preguntas de la clase de hoy. Buenas tardes, Anita.

Ana. Buenas tardes, padre.

P. Caye. Pero, ¿qué es esto? ¿Cómo no vienes besarme la mano?

Ana. ¿Besarle yo la mano? De ninguna manera.

P. Caye. ¿Por qué?

Ana. Porque no quiero compromisos.

P. Caye. Pero, ¿de qué compromisos hablas?

Ana. Que se lo explique a usted la señor Rufa.

P. Caye. Vaya, vaya. No perdamos más tiemp Sentaos a mi alrededor. Pero antes, ll maré a mi sobrina. ¡Andrea! (Llamand Se sienta bajo el emparrado.)

Andrea. (Saliendo.) ¿Qué quiere usted, tío?

P. Caye. Siéntate, y escucha, como los demá Pues, como os iba diciendo cuando v níamos por el camino, Herodes, aqu rey tan malo, mandó matar a much inocentes, como vosotros, y Nuestro S ñor se salvó huyendo con sus padres un borriquillo. ¿Y sabéis dónde fu ¿Eh? ¿Pero no sabéis ninguno dónde f Jesús con su borriquillo?

Magdalena. Al molino se fué; pero no ha querido l varme.

P. Caye. Anda, y que te pelen, hija mía. ¿Jes al molino?

Ana. Es verdad, sí, señor. ¿Quiere ust verlo?...

P. Caye. ¡Otra que tal baila! A Egipto; se fué a Egipto. ¿Vosotras sabéis dónde está

Egipto? ¿No lo sabéis? Ni falta que os hace, porque no vais a ir nunca. Bueno, dejemos la Historia Sagrada, y pasemos a la Geografía. Los puntos cardinales son cuatro: Norte, Sur, Este y Oeste. Veámoslo prácticamente. (Cogiendo a los chicos, y colocándoles según dice.) Tú eres el Norte, y está enfrente de mí; tú, el Sur, y estás a mi espalda; éste, Este, y Oeste, éste.

Los chicos. ¿Cuál, padre, cuál? ?

P. Caye. ¡Dejadme, que me hacéis un lío! Tú, aquí, y tú, aquí. Ya tenemos los cuatro puntos.

Ana. Y que lo diga, padre, porque esos son los que le roban la fruta.

P. Caye. ¡Ah! Pero, ¿son estos puntos los que me roban la fruta? Pues en vez de haberles hecho cardinales, debería hacerles cardenales.

(Suena la bocina de un automóvil.)

Ana. ¡Ay, Dios mío!

P. Caye. ¿Qué ocurre?

Ana. Pero, ¿no oye usted?

P. Caye. ¿La bocina de un automóvil? Pero, ¿qué tiene de particular?

Ana. ¿Cómo que no? Si tengo los patos en la carretera... Voy corriendo... ¡Mis patos! ¡Mis patos! (Hace mutis por el foro.)

P. Caye. Vaya, hijos míos; basta ya de lección. A correr por ahí, y hasta mañana.

Los chicos. Hasta mañana.

P. Caye. ¡Y cuidado con robarme la fruta! Vamos, Andrea, corre a preparar la merienda.

(Los chicos, saltando y riendo, hacen mutis por el foro derecha. Magdalena y Paquito entran en casa de Timo, y el Cura, en la suya, seguido de Andrea. Entra por el foro izquierda Ana, llorando, con un pato muerto en los brazos, y seguida de Don Sabas en traje de automovilista.)

Sabas. No llores más, mujer; no llores. No creo que la defunción de un palmípedo acuático, víctima de un neumático, ahogue en sollozos tu caja torácica.

Ana. (Llorando.) ¡Eso! ¡Encima. insúlteme!

Sabas. ¿Yo?

Ana. ¡Dice que no, y acaba de llamarme torácica! El torácico lo será usted!...

Sabas. ¡Insultar yo a una dama! Yo, que nací de la mujer, y vivo para la mujer, y muero por la mujer. Ya lo dijo el romano «Ad muliéribus causae».

Ana. Lo que usted quiera; pero a mí, esta muerte me causa una enfermedad, señor don...

Sabas. Sabas.

Ana. ¿Sabas? (Riendo.) ¡Ja, ja, ja!... ¡Sabas! Pero, ¿de verdad se llama usted Sabas? ¡Ay, qué gracioso! (Aparte.) ¡Es él, es él! El padre de Enrique.

Sabas. Pues yo no le veo la gracia, agreste campesina. Cada uno apélase como se apela, según plácele al «pater familias».

Ana. ¡Pobrecito «Charlot»!... (Poniéndose triste)

Sabas. ¿Quién es «Charlot»?

Ana. Este patito tan gordo, a quien ha matado usted tan horriblemente.

Sabas. Mire usted por dónde le ha tocado hoy la china a «Charlot», como mañana puede tocarle a «Fatty».

Ana. Es que si me mata usted a «Fatty», me deja viuda una pata y huérfanos a una docena de patines.

Sabas. ¿Y quién te manda a ti andar por la carretera con patines?

Ana. Era el más gordo de todos... (Llorando.)

Sabas. (Llorando.) Silvestre florecilla, me estás emocionando. (Saca un pañuelo muy grande y de colores muy extravagantes.)

Ana. (Riendo al mirar el pañuelo.) ¡Ay, qué gracioso!

Sabas. ¿De qué te ríes?

Ana. Del pañolito. ¡Ja, ja, ja!

Sabas. Pero, hija mía: tan pronto ríes como lloras. Eres como el pálido lirio de la primavera, que aún con las lágrimas del matinal rocío, abre sus pétalos en sonrisa luminosa a los claros y brillantes haces solares. Pero, ¿qué haces?

Ana. Escuchar esas cosas tan bonitas. ¡Pero, no, no y no! ¡Eso es horrible! Usted es un criminal, que me ha matado a «Charlot». Y lo lloraré toda la vida. (Llora.)

Sabas. (Hipando.) Vaya, voy a hacerte reir otra vez. (Saca el pañuelo.)

Ana. ¡Ja, ja, ja! Guárdese eso, y no me haga reir, porque estoy muy triste. ¡Ja, ja, ja!

Rufa. (Saliendo de la casa.) Pero, ¿quiéres decirme de qué te ríes tanto?

Ana. (Transición.) No, si no me río. Si estoy llorando... (Llora.)

Rufa. ¿Y puede saberse por qué lloras?

Ana. (Llorando.) Porque... ha... ha... ha caído el gordo...

Lázaro. (Saliendo.) ¿Que ha caído el gordo? ¿Y ha sido en el pueblo?

Ana. Sí, señor... En... en la carretera.

Rufa. Al peón caminero, seguramente...

Ana. Si ha sido «Charlot»... «Charlot»... que lo ha matado un automóvil... Mírenle.

Lázaro. ¿Otro pato muerto? ¡Eres una descuidada!

Ana. La culpa ha sido de un señor que está ahí.

Lázaro. ¿Que está ahí el que lo ha matado? Pues te juro que le hace al pato compañía. (Se dirige con una estaca a Don Sabas, que está de espaldas.) ¿Ha sido éste?

Ana. Sí, señor. (Lázaro levanta la estaca. En este momento se vuelve D. Sabas.)

Sabas. ¡Lázaro!

Lázaro. ¡Pero, si es el señor duque!

Rufa. ¡Don Sabas! ¿Cómo está mi hijo? Y

perdone que llame mi hijo al hijo suyo; pero como yo fuí quien lo crió.

Sabas. Es verdad, es verdad, mi buena Rufa; fué tu corpiño la primera puerta de despensa que se abrió a la boca de mi primogénito...

Lázaro. ¡Qué bien habla el esperanto!

Sabas. ¿Y quién es esta linda muchacha?

Rufa. ¿Esta? Pero, ¿no se acuerda usted de ella, Don Sabas? Si es la hija del tío Lesmes...

Sabas. ¡Ah, sí, sí! Ahora la recuerdo.

Lázaro. Tú lleva ese pato a la cócina, desplúmalo, y que lo guisen.

Ana. ¿Van ustedes a comerse a mi «Charlot»?

Lázaro. Naturalmente.

Ana. ¡Pobre «Charlot» mío! Con el hambre que tengo, y esta noche, sin cenar... (Entra en la casa.)

P. Caye. (Saliendo de la suya.) Buenas tardes.

Sabas. ¡Padre Cayetano!

P. Caye. ¡Don Sabas! ¡Pero si es Don Sabas!... (Se abrazan.) ¡Cuánto bueno por este pueblo! ¿Y su hijo Enrique, está bueno? ¿Se porta bien?

Sabas. Calle usted, por Dios. Me está dando unos disgustos terribles.

Rufa. ¿Qué es ello?

Sabas. Ustedes recordarán el motivo por el cual dejé yo de venir con mi hijo a este pueblo, donde tenemos nuestras propiedades.

Lázaro. Sí, señor.

Rufa. Algo se murmuró por acá.

Sabas. ¿Y qué se murmuraba?

Rufa. Que si Enrique se había enamorado de Ana, de esta chica que ahora tenemos nosotros recogida; que si había hablao con usted de ello...

Sabas. ¡Ya lo creo que habló! ¡Como que llegó a pedirme el consentimiento para contraer sagradas nupcias con la chica! Entonces yo decidí llevarle a París, entre-

garle la herencia de su madre y dejarle en libertad, para que la nueva y divertida existencia le hiciera olvidar a la muchacha; pero el remedio fué peor que la enfermedad.

P. Caye. ¿Cómo?

Sabas. Enrique se dió a una vida de crápula y de disipación; bebía, jugaba, se hizo el rey de los «cabarets». Tanto, que ha llegado a temer por su salud.

Rufa. ¡Hijo mío!

P. Caye. ¡Qué loco, qué loco!

Lázaro. (Aparte.) Yo hubiera hecho lo mismo.

Sabas. Y por si ello fuera poco, se ha hecho amante de la bella Odette, una bailarina que le empuja más al vicio y le lleva al descrédito.

Rufa. ¡Qué mujeres, señor!

P. Caye. ¡Ave María Purísima!

Sabas. Y ahora iba a París, a hablarle, a convencerle...

P. Caye. Pero, ¿qué medio va a emplear para alejarle de tanta corrupción?

Sabas. Pues, hélo aquí: esa muchacha que ustedes recogieron, fué la culpa inocente de que mi hijo entrase en el camino de la perdición. Ella puede salvarle ahora.

Rufa. ¿Cómo?

Sabas. El la amaba, y por amor suyo hace hoy lo que hace. ¿Ustedes quieren mandarla a la ciudad? Pues bien; yo me la llevo

P. Caye. Pero, ¿qué intenta usted?

Sabas. Presentársela a mi hijo, para que renazca en él aquel amor antiguo. ¿Me dan ustedes su consentimiento?

Lázaro. Tratándose del bien de Enrique, ¿cómo no vamos a consentir?

P. Caye. Sólo falta que consienta ella.

Sabas. De eso puede ocuparse usted. Háblela

P. Caye. Así lo haré.

Lázaro. Pues a ello. Venga usted, padre.

Sabas. «Alea jacta est». La suerte está echada

como decía uno que tiraba a la ruleta (Entran en la casa Rufa, el padre Cayetano y Lázaro. Sabas se sienta pensativo.)

MUSICA

(Salen las mozas con los cántaros para llenarlos en la fuente.)

Mozas. (Saliendo.)
Tra la la la la,
tra la la la la...
Es la fuente del amor
la que da el agua más clara,
la de más dulce sabor,
la que mejor
la sed apaga.
Tra la la la la,
tra la la la la...
Llenemos el cantarillo
en el agua de la fuente,
que, con plateado brillo,
va cayendo lentamente.
Es la fuente del amor
la que da el agua más clara,
la de más dulce sabor,
la que mejor
la sed apaga.
Tra la la la la,
tra la la la la.

Sabas. De vuestro cantarillo
quiero probar
un poco de agua fresca.
¿Quién me la quiere dar?

Mozas. (Ofreciéndole sus cántaros.)
Para usted, Don Sabas,
todas la tenemos;
ponga usted los labios
y agua le daremos.

Sabas. (Después de beber.)
Un poco más de agua

quiero tomar,
pues con ella renace
en mí la sed de amar.

Mozas. Es el agua de esta fuente
la más pura y la mejor,
la que cura el mal de amores,
la que alivia mi dolor,
y por eso los amantes
en la fuente del amor...
Tra la la la la,
tra la la la la.

(Evolucionan, y hacen mutis con Don Sabas.)

HABLADO

Ana. (Saliendo de la casa, con el padre Cayetano.) ¡A París! ¡Yo a París!

P. Caye. Sí, hija mía, a París; te lleva, nada menos que el duque de Bretaña, el señor de esta comarca. Un hombre muy serio, que te tratará como a hija suya.

Ana. Y dice usted que llevaré trajes elegantes, que iré a todos sitios, y que conoceré la buena sociedad, y en ella estará Enrique.

P. Caye. Sí, mujer, sí.

Ana. Pero, ¿podré llevarme mis patos?

P. Caye. ¿Tus patos? Pero, ¿cómo quieres entrar en París llevando los patos por las calles?

Ana. Bueno; pero al menos me llevaré a la «Bertini». La pobre patita se moriría de pena si dejase de verme.

P. Caye. Imposible.

Ana. Pues si no viene la «Bertini», me quedo.

P. Caye. Basta, mujer; llevarás a la «Bertini».

Ana. ¿Y Timo? ¿Qué va a decir Timo?

P. Caye. Timo no dirá nada.

Ana. Me da tanta pena dejarle, como alegría me da irme. (Transición.) ¿Y cuándo nos vamos?

P. Caye. En seguida. La señora Rufa ya lo tiene todo dispuesto, y yo voy a avisar a Don Sabas. Espérame aquí. (Hace mutis por la izquierda, segundo término.)

Ana. (Pensativa.) ¡A París! ¡Yo a París! Y podré ver a Enrique... Pero, ¿y Timo? ¡Cuánto va a llorar el pobre Timo! (Queda pensativa. La música comienza a sonar por lo bajo. Pausa.)

MUSICA

Recitado.

Magdalena. (Saliendo de la casa, con Paquito.) ¡Ana! ¡Ana! ¿Es verdad que te vas?

Ana. Sí: me llevan a París.

Paquito. Y ya no tendremos quien nos cuente las historias que tú nos contabas.

(En este momento se oye cantar dentro.)

Magdalena. ¿Qué es eso?

Ana. Los pastores, que bajan a la aldea cantando.

Paquito. ¿Y qué cantan?

Ana. El estribillo de «La balada del olvido». ¿No lo conocéis? Escuchadles.

Voces. (Dentro, cantando.)

Que no la llames.
que ya no viene.
Se ha marchado de la aldea
con otro novio que tiene.
que no la llames,
que ya no viene.

Paquito. (Recitado.) ¡Qué bonita debe ser la balada!... ¿Tú la sabes?

Ana. Sí; oidla. (Después de una pausa.)

De la cañada en el fin,
donde empieza el roquedal,
al lado de su mastín
está sentado un zagal.
Cuando despunta la aurora,

su triste y mísero chozo
donde con sus cabras mora,
deja solitario el mozo,
descendiendo saltarín
por la carretera blanca,
seguido de su mastín,
armado con la carlanca.
Y al llegar a la cañada,
donde empieza el roquedal,
toma un canto por almohada
y duerme a gusto el zagal.
No conoció un desengaño
aquel pastor saltarín,
ni hace penar un rebaño,
ni hace sufrir un mastín;
y así es la vida del mozo,
monótona, siempre igual:
del roquedal, a su chozo;
de su chozo, al roquedal.

Mas, he aquí que de la choza,
bajando con su rebaño,
con una muy linda moza
topóse el pastor de hogaño,
y un día, en el bosque espeso,
junto al río bullidor,
se dieron el primer beso
la zagala y el pastor.
Y al fin acabó su gozo,
porque a la zagala viera
ir en busca de otro mozo
por la blanca carretera.

De la cañana en el fin,
donde empieza el roquedal,
al lado de su mastín,
está llorando el zagal;
lejos, se escucha pausado
de una carreta el rodar;

el eje, mal engrasado,
gira, con agrio chirriar.
Los bueyes, pesadamente,
con paso triste y cansino,
van subiendo lentamente
a lo largo del camino.
Y con cantar plañidero,
al lejos de la cañada,
marcha entonando el boyero
su misteriosa tonada:
«Que no la llames, que ya no viene.
Se ha marchado de la aldea
con otro novio que tiene...
¡Que no la llames, que ya no viene!»

Hízome que la adorara,
para matarme de amor...
—¿Por qué era linda su cara?
—dice, llorando, el pastor—.
Si hoy a mi lado volviera,
aún la diera mi querer...
¿Por qué no torna? ¿Qué espera?
¿Por qué a mí no ha de volver?—
Se oye a lo lejos el canto
que melancolías tiene:
«Que no la llames
que ya no viene...»

«Si hoy a mi lado volviera,
arrepentida, la moza,
por un beso la ofreciera
mi pan moreno y mi choza.
Y porque la que fué mía
la montaña hallase franca,
a su lado marcharía
mi mastín, con su carlanca.
Todo mi amor lo daría
porque me volviese a amar.
«¡Todo!», el pastor repetía
con amargo sollozar.

Mas la canción del boyero,
con eco triste hacia él viene...
«Se ha marchado de la aldea
con otro novio que tiene.»

De la cañada en el fin,
donde empieza el roquedal,
al lado de su mastín,
sigue llorando el zagal.
Mas su llorar es en vano,
y en vano su padecer...
El mastín lame su mano;
la moza no ha de volver...
Y aún él esperanza tiene;
mas, como eco lastimero,
en el aire se sostiene
la tonada del boyero:
«Que ya no viene! ¡Que ya no viene!
¡Que ya no viene!..»

Paquito. ¡Qué bonita!

Magdalena. Pero, ¿estás llorando?

Ana. ¿Por qué voy a llorar? (Va anocheciendo.)

Sabas. (Entrando por el foro con el padre Cayetano.) Ya está todo dispuesto.

P. Caye. Y aquí tiene usted a la moza, decidida a partir.

Sabas. (A Ana.) No temas; serás tratada como si fueses hija mía.

Ana. ¿Y por qué he de temer? No tiene por qué tratarme mal. Tiene usted cara de bueno.

Rufa. (Saliendo de la casa, con Lázaro.) Aquí tienes tu ropa, hija mía.

Ana. (A Magdalena.) Adios, Magda. Cuídame de mis patos.

Paquito. ¿No vas a despedirte de ellos?

Ana. Tienes razón. (A Sabas.) ¿Me permite usted que me despida de mis patos?

Sabas. Hazlo, si ese es tu gusto; pero deprisa. (Ana entra en la casa.)

Rufa. ¡Cuánta pena me da verla marchar!
Lázaro. Y a mí; ahora que veo que se va de veras, me dan ganas de impedirlo.
Sabas. Lázaro, ya sabes que va conmigo. Esto debe bastarte. Os respondo de ella.
Lázaro. Adiós, señor duque.
Rufa. De usted un beso a mi Enrique.
Sabas. Adiós a todos.
P. Caye. El Señor les acompañe.
Ana. (Saliendo de la casa, con un pato.) Señor, ya me he despedido de mis patos; pero quisiera pedirle a usted una cosa.
Sabas. Habla.
Ana. ¿Puedo llevarme a la «Bertini»?
Sabas. ¿A la «Bertini»?
Ana. Sí; a mi patita preferida.
Sabas. Sea; pero no perdamos más tiempo.
Ana. (Despidiéndose.) Adiós, adiós... (A Magdalena.) ¿Me cuidarás mis patos?
Magdalena. Sí. Y a Timo, ¿qué le digo?
Ana. ¿A Timo? A Timo... No le digas nada. Que me he ido... Que... que... nada más... nada más.
Sabas. Vamos, vamos... (Al llegar al foro, Ana se vuelve y besa presurosamente a Magda y a Paquito. Luego hace mutis, seguida de Sabas. Los demás quedan diciendo adiós. Se oye la bocina del automóvil.)
Voces. (Dentro, cantando.)

Que no la llames,
que ya no viene... etc. (Pausa.)

Timoteo. (Que entra corriendo por el foro derecha.) ¡Padre, padre! Me han dicho una cosa.
Lázaro. ¿Qué?
Timoteo. ¿Y Ana? ¿Dónde está Ana?
Rufa. Se fué a la ciudad.
Timoteo. ¿A la ciudad? ¿Para qué?
P. Caye. Para labrar su porvenir.
Timoteo. ¿Su porvenir? Su porvenir está aquí, conmigo. (Coriendo hacia la izquierda,

por donde desaparece gritando:) ¡Ana! ¡Ana!

Rufa. (Yendo tras él.) ¡Hijo, hijo!

Voces. (Dentro, cantando:)

Que no la llames,
que ya no viene... etc.

Magdalena. (A Paquito.) ¿Oyes?

Paquito. Sí: es «La balada del olvido».

Timoteo. (Dentro, alejándose:) ¡Ana!...

Magdalena. ¿Te acuerdas de ella?

Timoteo. (Muy lejos.) ¡Ana!

Paquito. (Recitando:)

Que no la llames,
que ya no viene...
Se ha marchado de la aldea
con otro novio que tiene...

Timoteo. (Muy lejos.) ¡Ana!

Los dos niños. Que ya no viene, que ya no viene... (Al mismo tiempo han cantado la copla las voces interiores. Es de noche. El telón cae lentamente.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

Acto segundo

Un fantástico «cabaret» parisiense. Al levantarse el telón, la escena se halla casi a oscuras. Las llamas de diez o doce ponches iluminan la cara de otras tantas atnquistas. Los zínganos tocan encima de un tablado Una pareja baila, iluminada por el reflectod de colores.

Tanguista. Yo soy sombra misteriosa,
que en una mágica noche de amor,
invita al dulce placer de soñar.
Soy del amor mariposa
que va volando de flor en flor,
mas en ninguna el corazón ha de dejar.

Todos. En el alegre bullicio
del ideal «cabaret»,
busco, anhelante y gozosa,
noches de amor y placer.
Trala trala.
Pues mi dolor
quiero, entre sus risas, olvidar.

HABLADO

(En escena, Margot, Lulú, Mary, el Barón de Pommery, un Violinista, con «smoking» encarnado, melena y afeminad hablar. Tanguistas y caballeros.)

Margot. No se puede pedir más a la fiesta.

Lulú. ¿Qué viene ahora?

Mary. El descanso.

Violinista. (Acercándose.) Estoy agotado de tanto tocar hoy. ¿Me convidáis a un ponche?

Margot. Pídelo.

Violinista. Gracias. (Se separa; lleva en las manos su violín.)

Mary. Es guapo este muchacho.

Margot. ¿Te gusta?

Mary. Sí.

Lulú. Pues pierdes el tiempo.

Mary. Ya lo sé. ¡Lástima de chico!

Barón. (Avanzando, completamente borracho.) ¡Bravo! ¡Muy bien! ¿Por qué han parado estos zánganos... digo estos zínganos? ¡Venga música!... ¿Verdad?... (Se sube al tablado de los músicos.)

Todos. ¡Bravo! ¡Muy bien!

Barón. ¡Psch! ¡Silencio! Ya veréis qué bien dirijo... Veréis cómo llevo el ritmo magistralmente... ¿verdad? Cómo llevo la batuta estupendamente... ¿verdad? Y cómo llevo una tajada...

Todos. ¡Verdad!

Barón. Sí, señores... Una tajada verdad.

Mary. Este Barón siempre está lo mismo.

Violinista. ¡Jesús, qué hombre!

Barón. ¿Qué pasa? ¿Dirijo mal?

Violinista. No, señor; es usted el mismo Paderwysky dirigiendo.

Barón. Y usted es Sarasa... Sarasate. Pero, aunque yo esté borracho, esto no obs...: esto... no obs... esto no obstan... no obsta... he dicho.

Lulú. Vaya, menos mal que acabó.

Barón. ¿He dicho... he dicho obsta? No, no es eso... Es obsta... obstáculo... Le faltaba el... final.

Todos. ¡Fuera! ¡Fuera!

Barón. He dicho.

Margot. Ahora es cuando acabó.

Barón. He dicho poco.

D. Pancho. (Entrando. Es un viejo alegre y muy pintado. Lleva siempre un palillo en la boca.) Pero ¿ya estás borracho?

Barón. Hola... don Pancho...

D. Pancho. Voy a jugar... ¿Quiéres que formemos una vaquita?

Barón. No me fastidies.

D. Pancho. ¡Cuidado que eres roñoso.

Barón. Y tú un chinche.

D. Pancho. ¿Por qué me llamas chinche?

Barón. Porque no sales más que de noche, y molestas. (Ríen algunos.)

Margot. (En la mesa donde está, a sus amigas.) Te he dicho que lo veremos, y lo veremos.

D. Pancho. (Acercándose.) ¿Qué te pasa, muchacha?

Lulú. Que está que hace números en la pared por Enrique, el duquesito.

D. Pancho. ¿Loca por el duque?

Lulú. Con el pelo suelto y el corsé debajo del brazo.

D. Pancho. ¡Pues sí que le ha dado la locura por hacer cosas raras.

Lulú. Es un decir; un decir de mi tierra...

D. Pancho. ¿De qué tierra?

Lulú. De Madrid.

D. Pancho. ¡Ah! Pero, ¿tú eres española?

Lulú. ¡Naturaca!

D. Pancho. Natu... ¿qué?

Lulú. Natural, hombre, natural... Soy del mismo sitio que Vicente y Jacinto.

Margot. ¿Quiénes son esos?

Lulú. ¡Casi nadie! Vicente Pastor, ex matador de toros, y Jacinto Benavente, ex autor de algunas piececitas.

D. Pancho. Por el acento sabía que eras extranjera; pero no supuse que fueras española. ¿Cómo te llaman Lulú?

Lulú. Es el nombre de guerra. Cosas de ésta. Y que nunca ha estado más acertada.

D. Pancho. ¿Por qué?

Lulú. Porque mi padre es vendedor de perros en la Puerta del Sol.

D. Pancho. Y en Madrid, ¿cómo te llamaban?

Lulú. También tenía allí mi nombre de guerra.

D. Pancho. ¿Cuál?

Lulú.	La Tarara.
Margot.	La Tarara, no.
Lulú.	La Tarara, sí. Cuando yo te lo digo... Lo Lo que yo no sé es cómo vamos a poner a mi hermana la pequeña, cuando venga.
D. Pancho.	¿Qué nombre es el suyo verdadero?
Lulú.	Cayetana.
Margot.	Horrible.
Lulú.	En mi casa la llamamos Caye; pero aquí, no vamos a ponerle «rue».
Margot.	Ya vas aprendiendo el francés.
Lulú.	¡Digo! Ya sé que al vino se le llama «ven»; a la mano, «men»; al pañuelo, «le musuar»... Ahora que mi padre se iba a ver en un conflicto.
D. Pancho.	¿Por qué?
Lulú.	Porque para «mon per», la «men et le musuar, ses la mesme chose». y a otra «chose».
D. Pancho.	¿Y por qué viniste a París?
Lulú.	Porque en mi tierra no se gana ni para alpiste, y mi padre me daba unas palizas que me mondaba. La última fué de tal calibre, que yo llegué a París con este ojo «noire».
Margot.	Pues, ¿con qué te dió?
Lulú.	Con «le musuar».... (A Margot.) Vamos, ¿quiéres alegrar esa cara, que estás más... preocupada que un gato cuando empieza el año? Y todo por el duque Enrique. Todas estáis lo mismo de chifladas por él. ¡Qué chulez!
Margot.	¿Y te parece que no hay motivo? De todos los que entran aquí, es el que más vale. Su dinero, es el primero en gastarse. Pero esa Odette le tiene sorbido el seso. Ahora, que voy a decirte una cosa: o poco puedo, o esta noche me lo llevo yo. (Se levanta.)
Lulú.	¡Qué chulez!
D. Pancho.	¿Dónde vas?

Margot. ¿Dónde quiere usted que vaya? A ver si viene. (Hace mutis por el foro.)

Lulú. (A Pommery, que pasa.) Oye, Pommery: dame un luis.

Barón. ¿Qué vas a hacer?

Lulú. Jugarlo a la ruleta.

Barón. Toma. Y pónlo en el 18.

Lulú. ¿Por qué?

Barón. Porque es el último luis.

Lulú. (Con el luis en la mano.) ¡Pobrecito! Vas a entrar en el cuartel.

D. Pancho. ¿Cómo?

Lulú. Que ya verás cómo me lo pelan con el cero. (Hace mutis por el foro.)

Mary. (Entrando por el foro.) Don Pancho, hemos perdido una fortuna.

D. Pancho. ¿Por qué, hija?

Mary. Se han dado catorce negros.

Violinista. Yo no me pierdo el espectáculo. (Hace mutis por el foro.)

Barón. Pues yo voy a jugar estos dos francos a caballo. (Sale corriendo, y de un salto se monta en un camarero que pasa.)

Camarero. Pero, señor barón: ¿qué hace usted?

Barón. Jugar a caballo... Ya lo he dicho.

(En este momento se oyen dentro voces de alegría y gritos de «¡Viva el Duque! ¡Hurra por Enrique!», etc. etc.)

D. Pancho. ¿Qué pasa?

Mary. ¿Qué quiere usted que pase Que llega el duque Enrique. Ahí le tiene usted.

MUSICA

(Hace su aparición por la derecha Enrique, rodeado de muchachas. También entra Odette, seguida de los muchachos, que son las segundas tiples, vestidas de «frac».)

Recitado.

Voces. ¡Viva el duque! ¡Viva Enrique!

Enrique. Bien hallados, amigos míos.

Todos. ¡Brindemos por él! ¡Eso es, brindemos! (Se acercan a las mesas, y cogen unas copas, que ya estarán preparadas, de acuerdo con la partitura.)

Voces. ¡A beber! ¡A beber!

Cantado.

Odt. y tang. (A ellos.)
Bebe una copa de champán,
bébelo tú, mi bien,
mira que aquí van
secretos de mujer,
que te acariciarán,
buscando en ti
la alegría y el placer.

Enrique. Venga esa copa, sin tardar,
quiero beber, reir,
y de amor gozar,
para poder sentir
su aroma embriagador,
que dá un placer
venturoso de vivir.

Odt. y tang. Bebe, bebe,
que el champán en el cristal
suena a rítmicos cantares.

Enri. y poll. Bebe, bebe,
que el champán me hará olvidar...

Todos. Las tristezas y pesares
del amor.

Odt. y tang. Bebe, bebe,
que el champán te ofrecerá
emociones y alegrías.

Enri. y poll. Bebe, bebe,
que el champán mitigará
los dolores de mi corazón.

Odt. y tang. El champán te brinda su emoción. (Enrique va bebiendo en todas las copas; cuando indica la partitura, menean las copas afinadas.)

Todos. El champán en el cristal

suena a rítmicos cantares;
el champán hará olvidar
las tristezas y pesares
del amor.
El champán despertará
ilusiones y alegrías.
El champán te brinda ya
con su espuma la ilusión.

HABLADO

(Al acabar el número entrarán Arturo, Luis y Carlos.)

Todos. ¡Hurra por el duque!

Enrique. ¡Ea, venga champán, venga alegría, venga música! ¡Quiero bailar! Esta noche me pertenezco a ti, y a ti, y a ésta; es decir, a todas.

Odette. ¿A todas? Será aquí dentro, porque lo que es de puertas para fuera...

Lulú. Hay que pagar aduanas, ¿verdad?

Enrique. ¿Por qué dices eso? (A Odette.)

Odette. Lo digo por si alguna ha pensado que hablabas en serio. (Fijándose en Margot.)

Margot. Y si alguna lo hubiera pensado, ¿qué?

Odette. Que Dios la libre de los malos pensamientos.

Lulú. (A Margot.) Vamos, chica, quítate de ahí, que voy a darle un recao al oído a esta jovencita. (A Odette.) Oiga usted, «mademoiselle».

Odette. ¿Qué pasa? (Altanera.)

Lulú. Baje usted la voz, porque ha entrao usted aquí con más humos que los Altos Hornos, y a mí tanto humo me produce tós.

Odette. Pues tome usted pastillas.

Lulú. La voy a dar una bofetá, que la voy a desoxigenar.

Odette. ¿Cómo dicen ustedes en España? ¡Ah! ¡Que se cree usted eso!

Lulú. ¡Qué chulez!

Odette. ¿Cómo?

Lulú. Que yo sabía que era usted francesa, pero no flamenca. Y esto del flamenquismo no la vá. Porque usted entra en el Fornos Palace, de Madrid, presume usted lo que aquí, y del primer guantazo la dejan a usted una tortícolis crónica, que ya pué usted ir a buscar especialistas.

Odette. ¡Eso quiere decir que sería usted capaz de levantarme la mano?

Lulú. Y de dejarla caer. (A Margot.) Toma el chapeo. (La dá el sombrero.)

Odette. ¿A mí?

Lulú. Demostración. (Se va hacia ella y la sujetan.) Dejadme, que no me he desayunao, y voy a comerme a esa francesilla.

Enrique. Vamos, se acabó. (A Odette.) Tú, a vestirte para la fiesta. (A las demás.) Y vosotras, a tranquilizarse.

(Unos se llevan a Odette por la izquierda.)

Lulú. Dame el chapeo. (Se lo pone.) Y ven conmigo a la sala del crimen.

Enrique. (A Margot.) Y tú no te apures. Esa ya me está cansando, y tú eres la primera que entras en turno. (Se ríe con los otros.)

Lulú. ¡Qué chulez! Lo mismo que en Madrid. Me caen muy mal los pollos bien. (Hacen mutis por el foro, y se queda Enrique con los muchachos en escena.)

Luis. Eres el amo.

Carlos. Todas locas por ti.

Enrique. No lo creas. Quién sabe si detrás de esta alegría, de esta existencia de diversión constante, existe la inmensa amargura de no poder querer, acaso porque he querido mucho, y demasiado joven...

Luis. Historia romántica tenemos, ¿no?

Enrique. Ni siquiera historia. Imagínate que cuando yo veraneaba en las posesiones de mi

padre me enamoré perdidamente de... ¿De quién diréis?

Carlos. — De una princesa encantada.

Enrique. — ¡De una guardadora de patos! (Ríe, y todos con él.)

D. Pancho. — ¡Ja... ja!...

Enrique. — Claro que, a los dos meses, aquel amor había pasado para siempre, y hoy sólo recordarlo me produce risa. ¡Cuando pienso que a estas horas podía yo estar casado con «La Reina Patosa»!...

D. Pancho. — ¿«La Reina Patosa»?

Enrique. — Sí, era el apodo con que la conocían en la aldea. Eso sí, de cara era bastante mona; pero...

D. Pancho. — Pero olía a tomillo.

Enrique. — (Riéndose.) Justo. En fin, creo que hablamos demasiado.

Una voz. — (Dentro.) ¿Algún señor desea tallar?

Enrique. — Empieza la partida de bacarrat.

Otra voz. — ¡Mil francos!

Una voz. — ¡Mil francos, a la una! ¡Mil francos, a las dos!...

Otra voz. — ¡Tres mil!

Una voz. — ¡Tres mil francos, a la una! ¡Tres mil francos, a las dos!...

Enrique. — Vaya, tallaré yo. (Yendo hacia el foro.) ¡Diez mil francos!

Una voz. — ¡Hagan juego, señores!

D. Pancho. — Nadie puede con él.

Luis. — Es el amo.

(Hacen todos mutis por el foro, siguiéndole. Hay una pausa. Los camareros recogen los servicios. Entra Timoteo, por la derecha, con un palo al hombro, y en la punta del palo un lío de ropa. Mira asustado a todas partes, y avanza con gran timidez.)

Timoteo. — (Dirigiéndose a un viejo camarero, que pasa.) Muy buenas noches. ¿Cómo está usted?

Camarero. — (Sorprendido.) Bien... ¿y usted?

Timoteo. Bien, muchas gracias... ¿Su familia está bien?

Camarero. Bien...

Timoteo. ¿Sus papas, bien?

Camarero. ¿Mis papás? Pero, oiga usted, mocito: ¿se ha fijado usted en mí?

Timoteo ¿Conoce usted a mi hermano de leche?

Camarero. A su hermano de... Usted debe estar equivocado. La lechería es tres puertas más abajo.

Timoteo. Que no, señor...

Camarero. Que sí, señor...

Timoteo. Pues no...

Camarero Pero si es que la lechería...

Timoteo. A mí me deja usted de... esos establecimientos. Yo sé lo que me digo.

Camarero. Y, ¿quién es el hermano por quien me pregunta?

Timoteo. Enrique, el duquesito de Bretaña.

Barón. (Entrando por el foro.) ¡Camarero!...

Camarero. Señor barón...

Barón. Ya no me quedan más que estos cinco francos. Tómalos...

Camarero. Muchas gracias.

Barón. ...y ponlos en la calle del 31, que es mi calle.

Camarero. ¿Y si se pierden?

Barón. Me prestas otros cinco, para que un coche me lleve al 31 de mi calle, que es mi casa. (El camarero saluda y se vá por la izquierda. El barón se fija en Timoteo.) Hombre, he ahí un pollo bien, que se viste mal. (A Timoteo.) Buenas noches, joven «sportman».

Timoteo. Muy buenas. ¿La familia, bien?

Barón. La familia es una institución arcaica, llamada a desaparecer. Yo no tengo familia.

Timoteo. Cuánto lo siento

Barón. ¿Sentirlo? No es usted filósofo.

Timoteo. No, señor; soy zapatero, nada más.

Barón. ¡Hombre, zapatero! Beso a usted la mano, zapatero.

Timoteo. A los pies de usted.

Barón. No pienso probarme. He aquí el pueblo codeándose con la aristocracia. ¡Viva Robespierre!

Timoteo. ¡Anda! ¿Pues no conoce al burro del tío Jesús!

Barón. ¿A usted no le gusta Robespierre?

Timoteo. ¡Ya lo creo! Como que con Robespierre se va a todas partes.

Barón. Tú lo has dicho; con Robespierre se va a la victoria, al triunfo...

Timoteo. Y al molino.

Barón. Desconozco ese pasaje de la vida del ilustre tribuno. ¿Tú sabes lo que hizo en las Tullerías?

Timoteo. No; pero sé lo que hizo en la huerta del tío Jeromo.

Barón. Este zapatero es un erudito. ¿Y qué hizo Robespierre en la huerta de ese tío?

Timoteo. Se comió todas las coles.

Barón. ¡Caracoles!

Timoteo. Y después echó a correr tras una burra, y...

Barón. ¿Que Robespierre corrió tras una burra? Esto es la Historia francesa llevada a la fábula. ¿Si estaré hablando con Lafontaine?... Bueno, Lafontaine, y tú, ¿qué haces aquí?

Timoteo. Busco a una novia, que se me ha perdido.

Barón. No te apures, hombre. Si se te ha perdido una novia, aquí, con cien francos, encontrarás una docena.

Timoteo. Cien mil daría yo por encontrarla.

Barón. ¿Cien mil francos has dicho? Tú eres un potentado. Convídame a una botella de champán.

Timoteo. ¿Yo?...

Barón. Tú, sí. Tú eres, seguramente, un acaudalado zapatero, que llega a París a gastarse sus ahorros. (Durante la escena han ido entrando Mary, Margot, Lulú y

las demás tanguistas. Llegan por el foro.)

Timoteo. Pero, si yo no traigo...

Barón. ¡Vive la democracia! ¡Lulú! ¡Margot! Venid todas, que voy a presentaros al rey del contrafuerte!

Lulú. ¿Qué pasa?

Barón. Ese joven imberbe es dueño de cuatro zapaterías de las mejores de Francia.

Lulú. (Acercándose a Timoteo.) Hola, jovencito.

Timoteo. Muy buenas. ¿La familia, bien?

Lulú. Bien, gracias.

Timoteo. Los papás, ¿bien?

Lulú. ¿Los papás ¡Qué chulez! Mi madre disfruta de excelente salud... Mi padre es el que lleva una vida de perros.

Mary. (Al barón.) ¿Cuántas zapaterías dices que tiene?

Barón. Ocho.

Mary. ¿Y son buenas?

Barón. Muy buenas.

Timoteo. (Volviéndose rápido.) Muy buenas. ¿La familia, bien?

Margot. (Acariciándole.) Y es muy guapo.

Lulú. (Sentándosele en una rodilla.) ¡Ay!

Timoteo. Seño... señorita .. Que yo soy un joven decente.

Margot. (Sentándosele en la otra rodilla.) ¡Ay!

Timoteo. Seño... señorita. Que yo no quiero líos.

Mary. Pues trae, que te lo lleve al guardarropa. (Queriéndole quitar la vara.)

Timoteo. A mí no me quita nadie la vara.

Barón. Suéltala, hombre.

Timoteo. Que yo no suelto la vara, aunque me maten.

Barón. ¿Si será alcalde?

Lulú. ¡Vida!

Margot. ¡Cielo!

Timoteo. ¡Dios mío! ¡Esto no sucede en la aldea!

MUSICA

Timoteo. Cuando salí de la aldea
yo no podía pensar
que estas cosas que me ocurren
me tenían que pasar.
Si estas señoritas,
que son tan bonitas,
me hacen estas cosas
nada más llegar,
dentro de dos días,
¡ay, San Jeremías!,
qué cosas, qué cosas
me van a enseñar.

Barón. (A ellas.)
Es hombre muy rico,
y, a fuerza de pico,
todo su dinero
le podréis sacar.

Lulú. (Tocándole la cara.)
Ven aquí, cariño.

Margot. (Tocándole también.)
Ven aquí, mi niño.

Timoteo. ¡No me soben tanto,
que rompo a sudar!

Lulú. (Ofreciéndole un «sandwich».)
Toma, negro, muerde
de este emparedado.

Margot. Toma, vida,
bebe del rico champán.

Mary. Chupa, cielo, de este
«coctel» tan helado.

Timoteo. ¡Ea, basta,
que estoy ya cansado!
¡Ni como, ni bebo,
ni chupo, ni na!...

Barón. Este zapatero
gastará dinero,
pero me parece
que es un animal.

Las tres Bebe de este vino,
que es néctar divino,
que oculta el placer.
Bebe, que el dulce mareo
te traerá el deseo
de amar y querer.
Bebe del néctar divino.

Timoteo. No quiero más vino.

Las tres. Bebe, sin temor.
Bebe, Timoteo.

Timoteo. No, que me mareo;
basta, por favor.
Estas señoritas,
que son tan bonitas,
me pondrán borracho,
como a este señor.

Barón. Creo que el sujeto
me falta al respeto,
aunque me parece que tiene razón.

Las tres. Bebe, y verás cosa rica;
bebe, que serás feliz...

Timoteo. Ya no más, porque me pica,
que me pica, que me pica...

Las tres. ¿Eh?...

Timoteo. ¡Que me pica la nariz.

Las tres. Come, bebe, chupa ya.

Timoteo. ¡Ea, basta,
que estoy ya cansado!
¡Ni como, ni bebo,
ni chupo, ni na!...

HABLADO

(Al acabar el número, todas quedan sentadas frente a Timoteo, y cruzan las piernas.)

Timoteo. (Fijándose.) ¡Vaya unas medias!

Lulú. ¿Te gustan?

Timoteo Vaya unas medias suelas más bien puestas...

Barón. ¡Cuánto sabe de eso! ¡Como que tiene

una zapatería en cada capital de la República!... (A D. Pancho, que entra por el foro.) ¡Hombre, D. Ponche, vengo a tomar una copita con nosotros, que le voy a presentar al dueño de una fábrica de calzado que surte a toda Francia.

D. Pancho. Qué gran honor, de estrechar la mano de tan gran personaje. (Le alarga la mano.)

Timoteo. (Retrocediendo.) ¡No; la vara, no!...

Enrique. (Sale riendo por el foro, con Luis, Carlos y Arturo.) Vaya, está visto que esta noche no tengo suerte.

Barón. (Adelantándose.) Ven aquí Enriquito; voy a presentarte a un zapatero que surte de calzado a toda Europa, y a gran parte de América. (Presentando.) Aquí le tienes. Este es el señor duque de Bretaña.

Timoteo. ¡Enrique!

Enrique. ¿Eh?

Timoteo. Digo... D. Enrique.

Barón. ¡Pero, cómo!... ¿Tú conocías al duque?

Timoteo. Como que soy su hermano.

Enrique. ¿Mi hermano? ¿Desde cuándo?

Timoteo Desde que nos alimentábamos juntos.

Enrique. No recuerdo...

Timoteo. ¡Anda, pues nos hinchábamos a medias!

Enrique. Te aseguro que como no hables más claro, nó lograré entenderte.

Timoteo. Pero, ¿usted no se acuerda de la señá Rufa?

Enrique. Mi ama de cría.

Timoteo. ¡Mi madre!

Lulú. ¿Te pasa algo?

Timoteo. Que esa es mi madre.

Enrique. Luego, ¿tú eres Timoteo?

Timoteo. Eso dicen.

Enrique. ¡Mi hermano de leche! Ahora comprendo... Háblame de tú, y dime lo que haces aquí.

Barón. Estaba convidándonos.

Lulú. ¿De modo que es tu hermano? Bien se conoce; ha salido tan gastador como tú.

Timoteo. ¿Que yo soy gastador? De ninguna manero. Yo soy muy ahorrativo.

Enrique. Eso será en el pueblo. Aquí tienes que ser como yo. El primero en todo. Y cuando se trate de diversiones, ir siempre delante.

Timoteo. Si te empeñas, yo iré siempre delante, aunque no sea gastador.

Barón. ¡Pícaro!

Timoteo. ¡No; la vara, no!

Barón. Pero, señor, ¿qué tendrá esa vara?

Enrique. Conque, elige entre éstas una novia, y dime a qué has venido.

Timoteo. ¿Una novia? Si yo ya tengo novia... Es decir, la tenía, porque... se me ha escapado. (Grandes carcajadas.) Pues no creo que la cosa tenga gracia.

Enrique. Vamos, callar, y dejadle que hable.

Timoteo Se me ha escapado, y a eso he venido a París: a buscarla.

Enrique. Difícil misión. Pero, en fin, veamos: ¿quién es ella?

Timoteo ¿Tú te acuerdas de «La Reina Patosa»

Enrique. ¿Pues no me he de acordar? (Volviéndose a los amigos.) Es la muchacha de que os hablé. Mi amor romántico, novia de un zapatero de pueblo, y escapándose a París, como cualquiera de éstas.

Lulú. Oye, tú; no compares así, porque nos ofendes; además, si nosotras no existiéramos, no verías tú tanto mérito en tu madre.

Enrique. Tienes razón, perdona. (Alto, a los otros.) De modo que ya véis el bonito porvenir que me esperaba. (Riendo.) ¡Cámará con la niña!

Timoteo. No la ofendas, Enrique, te lo ruego.

Barón. Guapa, pueblerina y novicia. ¡Que me la traigan!

Timoteo. He dicho que no la ofendan.

Carlos. ¿Nos lo ruegas también?

Timoteo He rogado a Enrique; a ustedes no les digo más que no la ofendan, y que dejen de reirse de ella.

Barón. ¿Por qué?

Timoteo. Porque al que se ría otra vez, le daré que sentir.

Enrique. Ea, basta. Respetad el amor y no olvidéis que es mi hermano de leche. Y como mi hermano de leche no puede presentarse así en sociedad, vamos a desnudarle...

Timoteo. ¿A desnudarme? Que yo soy un joven decente!...

Enrique. Y a vestirle como corresponde a tan alta personalidad.

Margot. Lo que vamos a divertirnos.

Enrique. Conque, andando.

Arturo. ¿Que vas a hacer?

Enrique. (Aparte.) Ya tenemos de quien reirnos esta noche.

Timoteo. (Mirando al camarero, que va de calzón corto y media colorada.) Con tal que no me vistan como a ése...

(Entre grandes carcajadas salen todos por la izquierda, llevándose a Timoteo. Aparece D. Pancho por el foro, frotándose las manos.)

D. Pancho. ¡Vaya, esta noche me acompaña la suerte! He acertado cuatro veces el 15. (Se sienta, y empieza a contar los billetes. Por la dercha aparecen Ana y D. Sabas. Ella viste un elegante traje cortesano, y lleva un pato entre los brazos. Lo primero que hace al entrar es dar un tropezón, pisarse el vestido y estar a punto de caer.)

Sabas. ¡Cuidado, mujer, cuidado!

Ana. Si es que yo no me apaño con estos pingos. Y luego, estos tacones tan altos... Me he doblado los tobillos no sé cuántas veces. (Se sienta.)

Sabas. ¿A que ibas mejor con aquellos zapatones de madera?

Ana. Pues claro que sí... (Se quita los zapatos y se pone en pie.) ¡Ay, qué gusto!... Ahora sí que ando bien.

Sabas. O te calzas, o te quito el volátil nadador.

Ana. Pero sí es que me duelen las piernas de ir tanto tiempo de puntillas... Mire usted cómo las tengo ya. (Mostrándole las piernas.)

Sabas. Vamos, bájate la falda, que hay ahí un caballero.

Ana. ¿Es que muerde?

Sabas. ¡Calla, si es un amigo mío! (Fijándose en D. Pancho. Este ha terminado de contar los billetes. Coge el clac que sacó puesto, y que había dejado en la mesa, se lo pone de nuevo, y se levanta.) ¡Pancho!...

D. Pancho. ¡Querido Sabas! ¿Cómo tú por aquí? Y según parece, muy bien acompañado.

Sabas. Ahora te explicaré. (Durante este diálogo, D. Pancho vuelve a quitarse el clac y lo deja, sin plegar, sobre una silla. Ana se levanta, y mira curiosa el lugar en que se halla, dando vueltas a la escena.) ¿Has visto a mi hijo?

D. Pancho. Sí, por ahí anda, con algunos amigos. (Llevándole al otro lado del escenario. Pancho deja olvidado el clac encima de la silla. Ana, dando tropezones, y curioseándolo todo, llega a la mesa donde estaba D. Pancho.) ¿Quién es esta chica?

Sabas. Escúchame. Se trata de que mi hijo vuelva al buen camino. (Hablan, y con animación.)

Ana. (Que al llegar a la mesa ha tropezado de nuevo.) Nada, que no puedo; que esto de andar de puntillas no se ha hecho para mí. (Aprovechándose de la distrac-

ción de Sabas se sienta y se quita los zapatos, escondiéndolos debajo de la mesa.) ¡Ajajá! Con tal que no lo note; pero, claro que tiene que notarlo; como que estos tarugos me hacen tres dedos más alta...

D. Pancho. ¿De modo que esa muchacha es «La Reina Patosa»? Tú hijo nos ha hablado de ella. (Ana, que se ha levantado al ver que la miran, se asusta y se pone sobre la punta de los pies. Siguen hablando don Pancho y D. Sabas.)

(Ana, que se ha levantado al ver que la miran, se asusta y se pone sobre la punta de los pies. Siguen hablando D. Pancho y D. Sabas.)

Ana. (Aparte.) ¿Dónde dejaré a la «Bertini», para que no se escape? ¡Ah! Aquí mismo. (Ata al pato a una silla.)

D. Pancho. (A Sabas.) ¿Y tú crees?...

Sabas. Que cuando Enrique la vea, renacerá otra vez su amor, y, por seguirla, volverá a la formalidad.

D. Pancho. No opino lo mismo.

Ana. Como sigan mirándome, no voy a poder disimular, porque me canso ya de estar de puntillas.

Sabas. Es preciso que me ayudes.

Ana. Nada, que no resisto más. (Se sienta en la silla donde está el clac.) ¿Sobre qué me he sentado yo? (Levantándose.) ¡Anda! Si era el sombrero de este señor. Lo he aplastado. Bueno se va a poner cuando lo vea.

D. Pancho. Pues, nada; descuida. Ven conmigo.

Sabas. ¿Y esta chica?

D. Pancho. Que te espere un momento. (Empieza a buscar el sombrero.)

Sabas. Ana, espera aquí un segundo, un minuto, tres, cinco; acaso un cuarto de hora, que vuelvo al instante.

D. Pancho. Pero, ¿dónde demonios habré puesto mi

clac. (A Ana.) ¿Tú has visto mi sombrero?

Ana. (Que lo tapa con su cuerpo.) Yo no, señor...

D. Pancho. A ver aquí... (Apartándola.) Sí, mujer, aquí está.

Ana. Pero le juro a usted que yo no he sido quien lo ha aplastado.

D. Pancho. Claro, mujer; ni tú, ni nadie. Estos sombreros no se aplastan: se plegan, nada más... (Empuja el clac, lo desplega, y se lo pone.)

Ana. (Mirando al clac.) Pues sí que tiene gracia el sombrerito...

D. Pancho. Andando, Sabas. (Hacen mutis por el foro D. Sabas y D. Pancho.)

(Hacen mutis por el foro D. Sabas y don Pancho.)

Ana. ¡Las cosas que se ven en París...

(Salen hablando el barón, Arturo, Luis y Carlos por la izquierda.)

Barón. Está, que parece un pollo bien.

Arturo. Vamos, no exageres.

Barón. ¿Cómo que no? Se puede confundir con uno de vosotros. Ya véis la diferencia que hay entre un zapatero y un pollo bien. Total, un frac.

Luis. Ya estás desbarrando.

Carlos. Pero, ¿dónde se han metido las mujeres esta noche?

Arturo. Deben estar en la sala del crimen.

Luis. Y los salones, vacíos.

Carlos. Allí tenéis una.

Arturo. Una enamorada de la soledad.

Luis. Con lo que a mí me gustan las mujeres solitarias.

Carlos. Parece ensimismada.

Arturo. Sí, está enfrascada en sus pensamientos.

Barón. ¿Una solitaria enfrascada? Como en las boticas.

Luis. Debe ser una romántica. (Se acercan to-

dos) ¿Qué haces aquí, tan sola, preciosa?

Ana. Espero... espero a D. Sabas...

Arturo. ¡Bah! ¿Tu viejo pagano, no? Poco vas a divertirte con él.

Carlos. Si fuera con uno de nosotros...

Luis. Y eres muy guapa. (Intenta tocarla la cara.)

Ana. ¡Estese usted quieto!

Arturo. Vamos, no seas arisca. (Queriendo tocarla.)

Ana. ¡No me toque usted!

Carlos. Ven conmigo, que hoy he tenido suerte y tengo mucho dinero para ti.

Ana. ¿Y yo para qué quiero el dinero?

Barón. ¡A que resulta una misántropa! (Viendo el pato.) ¡Caray, qué animalito! ¿Si se habrá escapado de la cocina? Con este patito me van a hacer «foie-grasse» esta noche. (Va a cogerlo.)

Ana. Señor, estése usted quieto y deje a la Bertini.

Baron. ¡Ah! Pero, ¿ésta es la peliculera? ¿Esa actriz tan rica? Pues voy a desplumarla.

Ana. (Empujándole, le hace caer en una silla. ¡Quite usted allá! Si toca usted a mi pata, tenemos un disgusto. ¡Tío viejo!

Barón. Hombre, es la primera vez que veo una silla con cinco patas.

Carlos. Vaya, yo te compro ese animal en lo que me pidas.

Ana. Este animal no se lo vendo yo a usted por todo el oro del mundo.

Carlos. Y a ti, ¿cómo se te conquista? (La toca.)

Ana. ¡Que no me sobe usted! (Le da otro empujón.)

Barón. Es una mujer de empuje.

Arturo. Esas son las que a mí me gustan. Ahora verá usted.

Arturo. (Acercándose.) Oye, salvaje; pero, ¿tú qué te has creído que es el mundo? ¿Pa-

ra eso has venido a un «cabaret»? Toma cien francos, y dame un beso.

Ana. ¡De ningún modo!

Arturo. Pues ahora me lo vas a dar gratis. Os lo brindo. (Intenta besarla. Ana le da una bofetada.)

Barón. Un pinchazo en hueso.

Carlos. ¡Camará, cómo ha sonado! Cualquiera se acerca a esta mujer.

Luis. Es una fortaleza inexpugnable.

Carlos. Aquí fracasaría hasta el mismo Enrique.

Barón. Eso, no; Enrique estoy seguro de que se la llevaba.

Arturo. ¡A que no!

Barón. ¡A que sí! Os apuesto veinte francos, que es lo último que me queda.

Luis. Aceptado. Vamos a buscarle.

Carlos. Vamos.

Barón. Adiós... Juana de Arco. (Hacen mutis por el foro.)

Ana. Pero, ¿qué es ésto? ¿Para qué me han traído a mí a este sitio? ¿Qué te parece, «Bertini»? ¡Qué malos son los hombres en París! Si los patos son lo mismo... ya puedes prepararte.

Timoteo. (Entrando por la izquierda, vestido ridículamente de frac, con un lazo muy grande y una chistera en la mano.) Bueno, me ha vestido mi hermanito, que si me ven en la aldea, me toman lo menos por el gobernador. Pero me parece que a esta chaqueta le sobran estos dos rabos. (Por los faldones.) Nada... que me pongo nervioso en cuanto vuelvo la cabeza y me los veo colgando.

Ana. (Reparando en Timoteo.) ¿Otro señorito? ¿Se meterá éste también conmigo.

Timoteo. (Viendo a Ana.) ¡Caray! Una de las de aquí. ¿Enseñará ésta también las piernas?... (Acercándose.) Señorita...

Ana. (Volviéndose.) No se acerque usted... (Reconociéndole.) ¡Timoteo!...

Timoteo. ¡Ana!
Ana. ¿Tú aquí?
Timoteo. ¿No me esperabas, verdad, ingrata?
Ana. ¿Pero tú?...
Timoteo. Yo, que no podía vivir sin ti. Yo, que he seguido tus pasos. ¡Huir de esa manera! Vamos, hombre, sólo al recordarlo se me saltan las lágrimas...
Ana. (Enterneciéndose.) ¡Timoteo!
Timoteo ¡Ay! (Da un grito y se agarra un pie.)
Ana. ¿Que te ocurre?
Timoteo. Que se me saltan...
Ana. ¡No llores!
Timoteo. Que se me saltan los botones de las botas. ¡Vaya, que yo no puedo andar con esto tan estrecho!...
Ana. Haz lo que yo. Quítatelas, y verás qué bien andas...
Timoteo. Eso voy a hacer, porque es que no puedo más. (Se sienta en una silla, se quita las botas, y da un suspiro.) ¡Ahhh! ¡Chica, ésto es la gloria! (Se pasean los dos cómicamente.)
Ana. Pero, oye, oye. Ahora que me fijo... ¿Quién te ha vestido así?
Timoteo. Mi hermanito de leche, Enrique. Qué, ¿estoy mal?
Ana. Pero, ¿qué chaqueta es ésta?
Timoteo. Casi nada; fíjate, se llama frac.
Ana. ¿Frac? ¿Y ésto que cuelga?
Timoteo Estate quieta, y no me sobes el frac.
Ana. Pues no te has vuelto tú poco presumido.
Timoteo. ¿Y este sombrerito? ¿Sabes lo que es? Una chistera.
Ana. Y no se rompe, aunque te sientes encima.
Timoteo. No digas tonterías. ¿Cómo no se va a romper si te sientas encima?
Ana. Trae acá. (Se lo quita.) Ahora, fíjate. (Lo pone en una silla.) ¿Lo ves tan enterito? Pues ahora verás. ¡Cataplum! (Se sienta sobre él.)

Timoteo. ¡Ay, mi sombrero!

Ana. No te apures, hombre; si ahora se vuelve a poner tieso. Verás. (Intenta ponerle, y como si no.) ¡Anda, pues éste no es de fuellè!...

Timoteo. ¿De qué fuelle?

Ana. De esos que estiran y encogen. De esos que se arrugan.

Timoteo. Entonces, ¿lo has roto?

Ana. ¡Claro! Pero ha sido sin querer.

Timoteo. ¿Cómo sin querer? ¡Ay, mi sombrero! Esto es un acordeón.

Ana. ¡No te pongas así!

Timoteo. ¡Tan estiradito como lo tenía!

Ana. No te apures, hombre, que sin sombrero también estás muy elegante.

Timoteo. Pues tú, no digamos. ¡Vaya un traje! Ya verás lo que llegamos a ser en París...

Ana. Sin duda alguna. ¿Verdad, «Bertini»?

MUSICA

Ana.
¿Me encuentras bien así,
con traje de «suaré»?

Timoteo.
Es poco lo que tapa
y algo más lo que se ve.

Ana.
Es moda de París,
y así se ha de llevar.

Timoteo.
Cuando llegue el mes de enero,
ya te puedes abrigar.

Estribillo.

Los dos.
Somos dos personajes
con estos trajes,
y allá, en la aldea,
vamos a ser los amos
cuando vayamos
y alguien nos vea.
Y es que este traje todo
me cae de un modo
tan retebién,
que a mi no me extrañara

que me llamara
«mesié Paquén».
(Segunda letra.)

Ana. Mi traje está muy bien,
y vale un dineral.

Timoteo Pues sólo de faldones
éste cuesta un capital.

Ana. Abierto por aquí (Por el pecho.),
abierto por detrás.

Timoteo. No te escotes tanto, Ana,
que te vas a constipar.

(Repiten el estribillo, y al acabar el número hacen mutis.)

HABLADO

Enrique (Entrando, seguido del barón, Carlos, Luis y Arturo, y con las segundas tiples, que visten de frac.) ¿Dónde decís que está esa chica?

Barón. Aquí estaba; pero ya no está.

Enrique. ¿Y decís que es una virtud salvaje

Luis. Exactamente.

Enrique. Pues bien; ya veréis cómo la conquisto. Y ya veréis también cómo esta noche nos cenamos el pato, con tal de que vosotros me paguéis el champán, porque estoy seguro de que perderéis la apuesta.

Carlos. Aceptado.

Enrique. Pues, dejadme solo. Aquí esperaré a esa fierecilla. (Hacen mutis el barón, Luis, Carlos y Arturo.)

Pollo 1.° (Al salir.) Qué apuesta más singular.

Pollo 2.° Estoy seguro de que vence Enrique. (Aparece un camarero con servicio. Suena música dentro.)

Enrique. Deja ahí eso, y procura que nadie entre aquí.

Camarero. Descuide el señor duque. Ha comenzado el baile, y todos están en el otro salón.

Tanto, que ya iba a apagar y a cerrar éste.

Enrique. Ciérralo y apaga. (El camarero lo hace. Enrique se fija en el pato.) Admirable momento para ganar la primera parte de la apuesta. (Desata el pato de la silla, y se lo da al camarero.) Toma. Ya sabes lo que tienes que hacer. (Mira hacia la derecha.) Ahora, vete.

Camarero Señor duque... (Hace mutis izquierda.)

Enrique. Ella viene. (Se oculta en el foro.)

Ana. (Entrando muy apurada.) ¡Dios mío! ¿Pues no me había olvidado de la «Bertini»? (Se dirige al sitio donde estaba el pato.) Juraría que la dejé aquí. ¿Se habrá escapado? No; no puede ser. Si yo la dejé atada. ¡Me la han robado! ¡Seguramente, me la han robado! ¡Pobre patita mía! (Se sienta desesperada. Enrique aparece, y sigilosamente se dirige a ella.)

Enrique. ¿Llora usted, señorita?

Ana. ¿Qué? ¿Quién? ¿Qué quiere usted?

Enrique. No se asuste de mí.

Ana. (Aparte.) ¡El! ¡Enrique! ¡Mi Enrique!

Enrique. ¡Qué extraño parecido!... Usted dispense, señorita: se parece usted mucho a una muchacha que conocí hace mucho tiempo...

Ana. ¿Yo?

Enrique. Sí; a una chica de pueblo, con quien yo, de muy joven, estaba empeñado en casarme.

Ana. Y a esa muchacha ¿la llamaban todos «La Reina Patosa»?

Enrique. Pero, ¿tal vez estoy soñando? Porque usted... digo, tú... tú eres Ana, ¿verdad?...

Ana. Sí, Enrique. Yo soy Ana.

Enrique. (Aparte.) «La Reina Patosa»... Y el caso es que así vestida está bastante apeteci-

ble. (Alto.) No sabes lo que me alegra encontrarte. Pero, cuéntame; ven. Siéntate aquí, a mi lado. ¿Quiéres que te invite? Toma, bebe un poco. (Desde este momento comienza a darla a beber.) ¿Quién te ha traído y quién te ha vestido así?

Ana. Tu padre.

Enrique. ¿Mi padre?... Qué capricho más raro. (Aparte.) Ahora sí que tengo ganadas las dos partes de la apuesta. (Alto.) Y dime, ¿te has acordado de mí?

Ana. ¡Que si me he acordado!... Tú no sabes lo que yo lloré el día que tu padre se te llevó del pueblo para que no volvieses más a él.

Enrique. (Insinuante.) ¿Y después?...

Ana. Después me acordaba de ti a todas horas, porque a todas horas veía los sitios donde antes habíamos pasado días tan alegres, y pensaba en París, en París, donde tú estabas... Y sentía unas ganas de venir...

Enrique. Toma, bebe otro poco.

Ana. Te advierto que este vino me marea.

Enrique. No, mujer; bebe... (Ella lo hace.) Entonces, ¿tú me quieres mucho? (Muy cerca de ella.)

Ana. Tanto como a mis patos.

Enrique. ¿Y me quieres aún?

Ana. ¿Por qué no he de quererte? Tú no me has hecho ningún mal.

Enrique. Ana... (Abrazándola.)

Ana. ¿Qué haces, Enrique? Apártate.

Enrique. Bebe, bebe otro poco.

Ana. No, no me des más vino, porque perderé la cabeza.

Enrique. Bebe, tonta, bebe y dame un beso...

Ana. ¡Quita, por Dios, Enrique!

Enrique. ¡Ana!

MUSICA

Enrique. Espera...
¿Por qué tratarme así?
Quisiera
tenerte junto a mí.

Ana. Engaños...

Enrique. Debías recordar
los años
que alegre en el lugar,
cerca de ti miré pasar

Ana. Vivía
sin nada conocer;
crecía
feliz, sin comprender
que existe
la pena en el amor...
Te fuiste,
y supe del dolor.

Enrique. Yo, junto a ti,
sentí nacer
una pasión,
que vi crecer...
Y conocí,
triste verdad,
que el corazón
se marchitaba de ansiedad.
¡Mi amor!

Ana. (Rechazándole.)
¡Por caridad!

Enrique. Desecha tu temor.

Vida,
quiero en tus brazos recordar
la edad querida
y bella
de mi ilusión;
aquella
tarde dichosa del lugar

en que amorosa
escuchaste mi pasión.

Ana. Veo
aquellas horas renacer,
en que el deseo sentía
en mí surgir...

Enrique. Mía,
mía por fin habrás de ser,
pues sin ti
no podré
ya vivir.

Ana. ¿Qué siento yo?
¡No puedo más!

Enrique. Es que el amor de nuevo resurgió.

Ana. Lo que ahora siento, no sentí jamás.

Enrique. Quiero besar tu boca,
que mi pecho de amores se incendió.
(Avanza hacia ella, queriéndola besar. Ana se resiste aún.)

Ana. (Recitado.) Calla... Aparta... Déjame.

Enrique ¿Aún me huyes? ¿No ves que te quiero?

Ana. No; mientes, mientes. Cuando me querías, hablabas de otra forma.

Enrique. (Cantado.) Como ahora te hablo.
Vida,
te quiero...

Ana. (Recitado.) Aparta... No sé lo que me ocurre... Me siento desfallecer...
Aparta, por favor,
porque me muero
de temor...

Enrique Vida, te quiero.

Ana. Siento mis fuerzas vacilar.

A DUO

Ana. Su pasión no podré rechazar.

Enrique. Puedo, al fin, en tu boca besar.
(Al terminar el dúo, queda ella caída contra el brazo de él, y él la da un beso. Aparecen sigilosamente por la derecha Carlos, Luis, Arturo y otros jóvenes, que

quedan contemplando el grupo, y cuchichean.)

HABLADO

Ana. Estoy muy mareada.
Enrique. (Haciendo señas a los otros.) La apuesta está ganada. (Alto.) Ven, ven a mi lado.
Ana. No, Enrique, déjame. Quiero irme. Búscame a mi pobre patita...
Enrique. ¿Tu patita? (Alto, para que le oigan los otros.) Tu patita vamos a cenárnosla esta noche.
Ana. ¿Qué? ¿Qué dices? ¿La has matado?
Enrique. Sí; pero, no te apures. Yo te compraré muchas. Dame otro beso.
Ana. Aparta, aparta. Eres un mal hombre.
Enrique. ¡Ana!
Ana. ¡Te odio! ¡Te odio con toda mi alma!
Enrique. No digas tonterías, y dame el beso que te pido...
Ana. ¡No!... Quita... Quita...
Enrique. Pues si no me lo dás de grado, me lo darás a la fuerza. (Se dirige a ella.)
Ana. (Sin poderse defender.) ¡Quita! (Enrique la sujeta las manos, e intenta besarla. Ana resiste. En este momento entra Timoteo por el foro.)
Timoteo. ¿Eh? (Corre a Enrique. Le empuja, y se queda cubriendo la figura de Ana.) ¿Qué vas a hacer ?
Enrique ¡Timo!
(Suena la música dentro, hasta el final del acto.)

RECITADO

Timoteo. Te pregunto que qué vas a hacer.
Enrique. ¿Y tú quién eres para preguntarme?
Timoteo. ¿Ibas a besarla? ¡Ana, responde! ¿Iba a besarte? ¿Qué? ¡Ana! ¡Ana!

Ana. (Tartamudeando.) ¡Quiero beber!

Timoteo. ¿Eh? La has emborrachado, para dejarla sin defensa...

Enrique Yo hago lo que me parece, y largo de aquí, si no quieres que...

Timoteo. ¿A mí? ¿A mí tú? (Entran tanguistas, camareros, etc.) Prueba.

Enrique. Pues voy a probar. (Avanza hacia Timo. Este coge un cuchillo de los que hay sobre la mesa, y se apresta a la defensa. Enrique retrocede.)

Timoteo. Anda, atrévete.

Luis. Sujetadle.

Carlos. Echadle a la calle.

Timoteo. Tenga cuidado el que se acerque a mí... ¡Ea!... ¡Fuera, fuera todos!...

Sabas. (Entrando.) ¡Timo!

Timoteo. Silencio... Ana se ha dormido... Que nadie la despierte... ¡Fuera todos, fuera!... (Avanza; todos van retrocediendo. Timoteo vuelve a Ana.) Duerme tranquila... Yo velaré tu sueño.. Duerme, Ana, duerme...

TELON

FIN DEL ACTO SEGUNDO

Acto tercero

La misma decoración del acto primero. Empieza este acto a la caída de la tarde y termina de noche, estrellada y con luna.

Al levantarse el telón aparecen sentados a la puerta de la casa del cura Rúfa y Lázaro. A la puerta de la suya está Timoteo, teniendo delante todos sus útiles de trabajo, pero sin hacer nada. En medio de la escena, las mozas del pueblo tejen guirnaldas de flores.

MUSICA

Mozas.

Como el Santo esta noche
no me dé novio
voy a apagarle en casa
todas las velas,
y le meto en castigo,
cabeza abajo,
entre el carbón que llena
la carbonera.
Porque paso las negras
para encontrarle
y es muy triste morirse
siendo doncella,
y si las negras paso
creo que es justo
que también el santito
pase las negras.

Todas.

Teje ya la guirnalda de bellas flores
para adornar con ella la vieja ermita
donde el Santo abogado de los amores
esta noche concede lo que le pidan.
Echa, échame flores sobre la falda

que le faltan colores a mi guirnalda.
Quiero que mi guirnalda la mejor sea
que le lleven al Santo desde la aldea.

HABLADO

Moza 1.ª Dame otra rosa para la guinalda.

Andrea. Toma.

Moza 1.ª Qué bonita va a quedar.

Andrea. Todo se lo merece el Santo.

Moza 1.ª Y que lo digas. Yo, esta noche, voy a pedirle que Roque se decida a hablarme, porque es más corto que el hijo del boticario.

Andrea. Pues, yo voy a pedirle al Santo que me case este año.

Moza 3.ª Y ¿creéis que hará caso?

P. Caye. (Entrando por el foro con una sombrilla abierta.) Hará caso si se lo pedís con devoción.

Moza 1.ª ¿Qué hay por el pueblo, padre Cayetano.

P. Caye. ¿Qué quieres que haya, empezando hoy las fiestas? Mucho bullicio y mucha animación. Ya han dado comienzo las fiestas del Santo Patrón y los mozos van de una plaza a otra armando baile. No tardarán en venir por aquí.

Moza 1.ª Luego formarán la ronda e irán a recoger a las mozas de casa en casa, para subir con ellas a la ermita del monte y que cada cual haga su petición al Santo. Estas son las guirnaldas con que vamos a adornar la ermita.

P. Caye. Es la vieja costumbre. (Se dirige a Lázaro y Rufa, los saluda y se sienta con ellos.)

Rufa. (Al P. Cayetano.) Ahí tiene usted a nuestro hijo, que desde que volvió de París sin lograr traerse a Ana, no hay medio de que se alegre un rato.

P. Caye. Parece mentira, con lo que hoy se están divirtiendo los mozos y las mozas. (Se pone a liar un cigarrillo que enciende.)

Rufa. ¡Quién fuera ellas! También yo a su edad me divertía mucho cuando llegaban estos días.

Lázaro. ¡Y ojalá no nos hubiésemos divertido tanto! (Al P. Cayetano.) Padre, tenga usted cuidado, que se quema la sotana.

Rufa. ¿Por qué dices eso?

Lázaro. Porque tú eres la única cosa que tengo que agradecerle al Santo.

P. Caye. No te entiendo, Lázaro.

Lázaro. Pues nada más claro. La costumbre de subir todos los años a la ermita para pedirle al Santo que una a las parejas en matrimonio para «insécula seculorum», esa costumbre también la observamos nosotros cuando jóvenes. (Al P. Cayetano.) Que quema usted el brevario, padre.

Rufa. ¡Más guapa estaba yo!

Lázaro. ¡Y cuidao que has variao!

Rufa. Una flor era entonces.

Lázaro. Eso sí; cuando subiste conmigo a pedirle al Santo que nos hicera felices, eras una manzana... ¡Con unos colores...! Al mes nos casamos y parecías una perita en dulce... Al año... bueno, al año eras una sandía. Poco tiempo después nació ese melón. (Por Timoteo.)

Rufa. Ya te stás metiendo con el chico.

P. Caye. Paz, hermanos.

Lázaro. A los cinco años eras un higo chumbo: por donde uno lo cogía, se pinchaba. Y ahora... Ahora eres una castaña pilonga que no hay quien la hinque el diente. (Al P. Gayetano) Que quema usted la teja.

Rufa. ¡El pilongo lo serás tú!

Lázaro. Como me llames pilongo, esta noche me voy a pedirle al Santo que me deje viudo.

Rufa. ¡Qué animal eres!

P. Caye. (Que sin darse cuenta ha acercado el cigaro a la sombrilla.) Qué mala sombra tienes.

Lázaro. Y usted quema la sombrilla.

(Desde este momento Lázaro y Rufa hablan entre ellos. El P. Cayetano abre un breviario y finge leer, pero en realidad, atiende a la conversación que Timoteo sostiene con las mozas.)

Moza 1.ª (A Timoteo.) ¿Pero de verdad no vas a tomar parte en la fiesta?

Timoteo. Ya os he dicho que no.

Andrea. Es que ya nos desprecias. Claro, como ha estado en París...

Timoteo. Ojalá no hubiera ído nunca.

Andrea. ¿Acaso no había mujeres guapas?

Timoteo. Ya lo creo que las había. Y muchas. Y muy elegantes, no como vosotras que sois todas unas zarrapastrosas, mejorando la presente.

Moza 1.ª Oye, tú, no insultes.

Timoteo. Si no es insulto, si es que no sabéis nada de la vida, ni de las elegancias, ni de lo que es arreglarse las mujeres. Allí miras una mujer...

Andrea. No grites tanto, no te vaya a oir mi tio el cura.

Timoteo. Pues acercarse. (La hacen.) Allí miras

Timoteo. Pues acercaros. (Lo hacen.) Allí miras en mitad del salón, de un bolso así de grande saca un espejo así de chico (Acción.), se lleva un tubo a los labios que parece que va a tocar el pito y se los deja más coloraos que un pimiento morrón.

Moza 1.ª ¡Qué barbaridad!

Andrea. ¡Qué adelantos!

Timoteo. Saca otro pito, digo saca otro tubo, lo aprieta y sale una cosa muy negra; se lo acerca a los ojos, y, ¡zás! le crecen.

Moza 1.ª ¿Qué le crecen los ojos?

Timoteo. Y se le ponen negros como carbones, y

ya ves que barato le sale todo eso. En total le importa dos pitos.

Moza 1.ª Hay que ver lo que te han enseñao.

Timoteo. No lo sabes tú bien. Allí, allí si que se aprende.

Andrea. ¿Qué se aprende?

Timoteo. Como que enseñan más que en ningún sitio. Allí al sentarse, no se bajan las faldas como aquí; allí es sientan y hacen esto... (Cruza las piernas exageradamente.)

Moza 1.ª ¡Camará! Se las verán las piernas. (Gr tando asustada.)

Andrea. Habla más bajo no te escuche mi tí

Moza 1.ª (Bajando la voz.) Se las verán las pie nas.

Timoteo. Y las rodillas

Andrea. ¿Y los muslos también?

Timoteo Los muslos, no. Llevan unos panta nes, muy ceñidos, negros del tó, que llaman... ¿cómo les llaman, Timote ¡Ah, sí! «Culottes».

Moza. Que os va a oir el cura.

Moza 1.ª ¿Y no se les ve ná?

Timoteo. No se les ve más que el «culotte», p como es negro del tó...

Moza. ¡Qué barbaridad!

Timoteo. Pues, las camisas tampoco las llev blancas, como vosotras; las camisas aquellas señoritas, son de colores.

Andrea. Que no habléis de esas cosas aquí, que va a oir mi tío.

Timoteo. ¡Y dale con el cura! Si está rezan cómo va a escuchar.

Moza 1.ª Oye, ¿y de qué color son esas ca sas?

Timoteo. Unas las llevan azules, otras de co de rosa, otras amarillas, y vi una... ¡ maos!... que llevaba la camisa ne

P. Caye. (Alzando la cabeza.) Sería mussolini

Timoteo. No, señor, que era tanguista.

P. Caye Pues no conozco ese partido.

Moza 1.ª Y si también estabas allí, ¿por qué te viniste?

Timoteo. Porque me echaron, me echaron de mala manera y... Pero no me quiero acordar porque se me saltan las lágrimas y me acuerdo de ella, de la que tampoco me quiero acordar. ¡Maldita sea! (En este momento comienza a oirse el tamboril, la flauta y ruido de voces.)

Moza 1.ª Mira, mira... Ya vienen tos los mozos, con el tamborilero, a bailar a esta plaza.

P. Caye. Vengan, vengan conmigo, a tomar un piscolabis, mientras se alejan estos locos. (A Rufa y Lázaro.)

Rufa. Como usted quiera, señor cura.

Lázaro. ¡No faltaba más. (Rufa, Lázaro y el Padre Cayetano entran en la casa de este último. Las mozas se agolpan al foro.)

MUSICA

(Entran por el camino del foro mozas y mozos, siguiendo a uno que toca el tamboril y a otro que toca la dulzaina. Las mozas sacan panderos en las manos. Todos vienen riendo y gritando alegremente.)

Mozos. A la plaza hemos venido
para bailar con vosotras.
Mozas. Y aquí tenéis, ya dispuestas
para bailar, a las mozas.
Hay que celebrar la fiesta...
Mozos. Que es el santo del lugar.
Todos. Pues, salga ya una pareja,
y empiece pronto la copla.
Mozos. Baile la moza de mis amores.
Mozas. A mi pareja yo espero aquí.
Un mozo Ven, linda moza; dame tu mano.
Mozas. Suene la flauta y el tamboril.

(Avanza una pareja y comienza el baile.)

Una moza No vayas a la fuente,

niña, de noche,
porque el camino es largo
y muy oscuro,
y puede que el mocito
de tus amores,
por gastarte una broma
te pegue un susto.
¡Ay... ay!...
te pegue un susto.

Y el cantarillo
puedes romperlo,
y después que esté roto,
no tiene arreglo.
Moza, no vayas,
que te aseguro
que el camino es muy largo,
y muy oscuro...

Todos. No vayas a la fuente...
etc., etc.

Y el cantarillo
puedes romperlo,
y, después que esté roto,
no tiene arreglo.

Ellas. Ven aquí, mozo,
ven junto a mí.
Suene la flauta
y el tamboril.

Ellos. Ven a mí, moza,
ven junto a mí.
Suene la flauta
y el tamboril.

Todos. Ven a bailar;
ven aquí, ven.

El tamboril vuelve a sonar.
Quiero gozar,
mi dulce bien,
ven a bailar.

(Bailan todas las parejas, mientras las mozas se acompañan con los panderos.)

HABLADO

Moza 1.ª Bueno, dejemos el baile, que se va haciendo de noche.

Mozo 1.º Y es necesario empezar a formar la ronda de mozos, que irán luego recogiéndoos a vosotras, de casa en casa, para subir todos juntos a la ermita.

Andrea. Pues, andando; que cada cual coja a su pareja. Yo me quedo en casa. ¿Vendréis a buscarme?

Voces. Sí. ¡Vamos, vamos! (Andrea entra en su casa. Salen los mozos y las mozas gritando y riendo alegremente, como entraron. Quedan en escena Timoteo y los mozos primero y segundo.)

(Quedan en escena Timoteo y los mozos primero y segundo.)

Mozo 1.º ¿Tú no vienes, Timoteo?

Timoteo. No tengo ganas de fiesta ni de bullicio.

Mozo 2.º Vamos, no seas tonto; si se te fué una moza, ya encontrarás otra en el pueblo.

Timoteo. Pero no será ella.

Mozo 1.º Y si tú fuiste a París a buscarla, ¿cómo no la has traído?

Mozo 2.º ¿Es que no la encontraste?

Timoteo. Sí, la encontré; y ojalá no la hubiera encontrado. La hallé vestida como una gran señora, en un sitio donde van muchas señoras, con muchas sedas, y mucho sombrero, y muchas alhajas, y... y muy poca vergüenza.

Mozo 1.º ¿Y al señorito Enrique, le viste?

Timoteo. También le vi, y él tiene la culpa de lo

que ahora me pasa. La emborrachó, ¿sabéis? ¡La emborrachó! Y quiso emborracharme a mí. Y a ella la emborrachó para que perdiese el conocimiento y poder abusar de su borrachera. ¿Comprendéis?

Mozo 2.º ¡Qué mal hombre!

Timoteo. Y a ello le ayudaban otros señoritos como él... To por divertirse... Por divertirse la quitaron el pato que ella más quería, y por divertirse iban a quitarle la honra.

Mozo 1.º Y entonces, ¿cómo la dejaste entre sus manos?

Timoteo. Porque llamaron a los gendarmes, y los gendarmes vinieron, y me arrastraron a la puerta, y me sacaron a la calle, y me llevaron preso, como a un ladrón. Y me volví, me volví, dejando a mi Ana entre aquellos señoritos, que la misma justicia apoya cuando hacen el mal. Y salí de París, de ese París con que soñamos todos los aldeanos, y recordé mi pueblo, donde nada somos, ni nada sabemos, y al mirar la ciudad de que me alejaba, sólo se me ocurrió decir: ¡Qué asco, qué asco!

Paquito. (Saliendo de la casa de la derecha.) Timo... Timo... ¿Me acompañas a buscar a Magdalena, que está guardando los patos junto al río?

Timoteo. Sí, te acompaño.

Mozo 1.º ¿Conque no vienes a formar la ronda para ir a la ermita?

Timoteo. Ya os he dicho que no.

Mozo 2.º Pues hasta luego, y a olvidar. ¡Qué demonio! Las mujeres no se acaban en la Reina Patosa.

Timoteo. Para mí, sí. (Los mozos primero y segundo salen por el foro.)

Paquito. ¿Es que esos te hablaban mal de Ana?

Timoteo. ¿Por qué iban a hablarme mal de ella?

Paquito. Eso digo yo, porque Ana no habrá hecho nada malo, ¿verdad?

Timoteo. Y si lo hizo, ten por seguro que no tendrá ella la culpa.

Paquito. Entonces, ¿crees que ha podido ser mala

Timoteo ¿Quién dice eso Al contrario.

Paquito. Ya decía yo... ¿Y cuándo volverá?

Timoteo. Pronto, muy pronto.

Paquito. Cuando vuelva sí que tendrá cosas que contarnos. Allá habrá aprendido muchos cuentos.

Timoteo Sí, allí habrá aprendido mucho.

Paquito. Pero ninguno será tan bonito como la última balada que nos contó. Aquélla que decía:

Que no la llames,
que ya no viene...

Timoteo. ¡Calla, calla!...

Paquito. Se ha marchado de la aldea
con otro novio que tiene.

Timoteo (Dejándose caer en el banco y conteniendo las lágrimas.) ¡Calla, calla!...

Paquito. ¿Qué te pasa? ¿Estás llorando?

Timoteo. (Poniéndose en pie.) ¿Llorar yo? ¿Por qué?

Paquito. Eso digo yo. Porque que ella esté en París, que debe ser muy bonito y muy alegre, no es para llorar. Yo, cuando sea hombre, quiero ir a París.

Timoteo. No, no vayas nunca, nunca...

Paquito. ¿Por qué?

Timoteo. Anda, vamos a buscar a Magdalena y a traer los patos, que ya va siendo de noche. ¿Te acuerdas cuando Ana los traía?

Paquito. ¡Que si me acuerdo! Entonces sí que era alegre, y no ahora, que...

Timoteo. Vamos, vamos a buscar a Magdalena. (Dirigiéndose a la casa del Padre Cayetano, y llamando.) ¡Madre, madre!...

Rufa. (Saliendo.) ¿Qué quieres?

Timoteo. Que nos vamos por los patos, y se queda sola la casa. Cierro la puerta, y me llevo la llave. (Lo hace.)

Rufa. Sí; tu padre y yo nos vamos un rato a la fiesta, con el señor cura.

Timoteo Pues, hasta luego. Vamos, Paquito. (Haciendo mutis por el foro con Paquito.) Y no pienses más en París. Allí, los hombres no son buenos; te juro que no son buenos. (Salen de escena. Lázaro y el Padre Cayetano salen de la casa de éste. El último también cierra su puerta. Rufa saca dos velas en la mano.)

P. Caye. Cuando ustedes quieran. (A Andrea, que sale.) ¿Tú no vienes, sobrina?

Andrea. No, tío; me quedo en la casa, a esperar que vengan a recogerme los mozos de la ronda, para subir con ellos a la ermita, si tú me dejas.

P. Caye. ¡No faltaba más!

Andrea. Gracias, tío. (Entra en la casa.)

Lázaro. Supongo que, al subir a la ermita, no se te ocurrirá pedirle nada al santo.

Rufa. ¿Y qué es lo que podría pedirle yo, a mi edad?

Lázaro. ¡Hombre, no sé! Pero para algo llevarás las velitas, y como las mujeres sois tan caprichosas, pues a lo mejor pretendes, a tu edad, pedirle alguna cosilla.

Rufa. Muy pequeña será.

Lázaro. Es que aunque fuese chica; me molestaría mucho.

Rufa. ¿Qué dices, animal?

Lázaro. Que yo ya soy muy viejo, y que tú eres tan vieja como yo.

Rufa. Pues la gallina vieja es la que hace mejor caldo.

Lázaro. El caldo será bueno; pero cualquiera le mete el diente a las tajadas.

Rufa. ¡Lázaro!

Lázaro. ¡Rufa!

P. Caye. Vamos, hermanos, paz.

Lázaro. Te aseguro que delante de mí no le pones las velas al santo.

Rufa. ¡Se las pongo, y se las enciendo! (Hace mutis por el foro izquierda.)

P. Caye. Sea usted piadoso. Déjela que las encienda. (Hace mutis por el mismo sitio.)

Lázaro. Bueno... ella las encenderá; pero yo... ¡se las soplo! (Hace mutis detrás. Pausa. Entran por el foro derecha, en traje automovilista, Enrique y D. Sabas.)

Sabas. Bueno; ya estamos en la aldea. Hemos traído una velocidad de noventa por hora; hemos matado cinco perros ladradores, ocho gallinas cacareadoras, tres pollos que piaban y un cerdo, que filosofaba...

Enrique. Bueno, papá; déjame de inútiles discursos, y no perdamos tiempo.

Sabas. ¿Le llamas perder tiempo a venir desde París en cinco horas?

Enrique. Bien, bien; ¿cuál es la casa?

Sabas. ¿Qué casa?

Enrique. ¿Qué casa va a ser? La de Ana.

Sabas. Eres lo más incongruente que conozco. Vengo aquí por Ana; la llevo a París, hago que la veas, y cuando la tienes frente a ti, en lugar de despertarse el amor que por ella sentiste de muchacho, tratas de engañarla, para reirte de ella, hacerla objeto de tus apetitos de libertino y ganar una apuesta...

Enrique. Sí, es cierto; entonces no despertó en mí aquel amor de antaño. Me pareció, simplemente, lo bastante guapa para unas horas de diversión...

Sabas. Y, sin embargo, después...

Enrique Después, cuando la vi defenderse, cuando la vi insultarme, cuando escuché que me odiaba, comencé a quererla nuevamente. La dejé dencansar su borrachera, y al ir a buscarla, para decirle que la quería, y la quería de verdad, hallé que había huído.

Sabas. Y la buscaste, y la encontramos andando al azar por las calles de París.

Enrique. Y usted se la llevó a su casa, donde tuvimos que retenerla de por fuerza. Y cuantas veces me acerqué a ella, volvió a los insultos, y a los desprecios. Y al ver que era la única mujer que no se me rendía, que no quedía ser mía, ni aún proponiéndola yo que nos casásemos, el amor propio y la lucha inútil han ido acreciendo mi deseo, y hoy la quiero, la quiero con toda mi alma.

Sabas. Haces mal. ¡Sabe Dios, después de haber huído de mi casa, burlando mi vigilancia, lo que habrá sido de ella.

Enrique. ¿Lo que habrá sido de ella? En París no está. La Policía la ha buscado inútilmente. No tiene más remedio que haberse vuelto al pueblo. Vamos, padre: ¿cuál es su casa?

Sabas. Aquella. (Señalando la de Lázaro.)

Enrique. Ahí tiene que estar. (Llama a la puerta varias veces.) No contestan.

Sabas. Estarán dormidos.

Enrique. Llamaré otra vez. (Lo hace.) Siguen sin contestar.

Sabas. Pues es muy extraño, porque a estas horas no sé que tengan que hacer nada por el pueblo... Es decir, espera... Hoy estamos a 21... ¡Calla, si es el día en que comienzan las fiestas!...

Enrique. Entonces, estarán todos en la plaza. (Se dirige al foro.)

Sabas. ¿Dónde vas?

Enrique. A buscarla.

Sabas. Y si la encuentras, ¿qué piensas hacer?

Enrique. ¿Qué pienso hacer? Lo que ella quiera, con tal de que sea mía.

Sabas. Se quedará en el pueblo para siempre.

Enrique. Y yo.

Sabas. Para no verte, se marchará de aquí.

Enrique. Y yo.

Sabas. Se irá al último rincón del mundo.

Enrique Y yo.

Sabas. Se meterá a hermana de la Caridad.

Enrique. Y yo. (Con esta frase sale por el foro izquierda.)

Sabas. Esta sí que es buena. ¿A que acaba en un Asilo, vestido de madre superiora? (Hace mutis detrás de él. Empieza la orquesta a tocar. Pausa musical. Andrea sale de la casa del cura, enciende un farolillo que alumbra una imagen que hay en el muro y entra nuevamente en la casa.)

MUSICA

(Después de esta pausa musical, aparece por el foro derecha Ana. Trae un traje de ciudad; pero sucio y hecho jirones; viene despeinada, con un gran gesto de amargura, y demostrando en su paso y en sus ademanes un inmenso cansancio.)

RECITADO

Ana. Por fin llegué a mi aldea,
por fin os vuelvo a ver,
tierra donde he nacido
y hogar de mi niñez.
A ti torno de nuevo,
a ti vuelvo otra vez,
el alma destrozada,
sangrándome los pies...
¡Tierra donde he nacido
y hogar de mi niñez!

(Llegando a la puerta de la casa de Lázaro, donde llama.)

La puerta está cerrada;
llamar quiero otra vez.
¡Abran, que si no abren,
de pena moriré! (Llama.)
Que llego destrozada,

sin ilusión ni fe,
cansada del camino,
sangrándome los pies.
Me mata el cansancio. (Llama.)
no puedo ya más...
¡Abridme la puerta!
¡Abrid, por piedad! (Llama.)

(En el momento en que va a dejar caer el aldabón, se oye dentro la voz de Timoteo, que repite el número de los patos del acto primero. Ana queda suspensa, escuchándole.)

Timoteo. (Dentro, cantando.)

Ven aquí, patito,
no vayas deprisa,
no me hagas correr;
mira que si corres
te daré un palito
que te va a doler...

Ana. (Recitando.) Es él... El, que viene conduciendo mis patos, como yo los conduje entonces. No... no quiero que me vea... (Se oculta, pegándose a la puerta. Timoteo, con los niños, cruza el camino del foro, conduciendo a los patos.)

Timoteo. (Cantando.)

Mis patos son mi consuelo,
son mi alegría,
y son, por los verdes prados,
mi compañía.
¡Ohé, ohé, ohé!...

(Desaparece con los patos detrás de la casa. Los niños le siguen.)

Ana. (Recitado.) Es él, es él, y, sin embargo, no me atrevo a llamarle. Acaso me rechazaría... ¡Dios mío!... No puedo más... (Empiezan a oirse las bandurrias de los mozos, que van de ronda, y que se acercan poco a poco.) ¿Qué es eso? ¡Ah! Sí... Es el día de la fiesta, y los mozos van a buscar a las mozas, para ir a la ermita... ¡Me faltan las fuerzas!

¡Voy a caerme! ¡No puedo más, no puedo!... (Cae contra el escalón de la puerta. La ronda se va acercando, hasta que los mozos, tocando, cruzan la escena, y se detienen frente a la casa del cura.)

Un mozo (Llamando.) ¡Andrea!

Andrea. (Dentro.) ¡Voy! (Sale Andrea; se une a los mozos, que desaparecen, y la música vuelve a alejarse.)

Ana. (Recitado, como si volviese en sí.) ¡Dios mío! ¿Qué me ha pasado? Ya se alejan los mozos, en busca de sus mozas, y yo, sola, sola... acaso para toda la vida... (Comienza a llorar. La ronda se ha perdido a lo lejos. La puerta de la casa se abre, y aparecen Magdalena y Paquito.)

HABLADO

Paquito. (Sin ver a Ana, que al levantarse del escalón ha ido a sentarse en el banco, y que, con la cara entre las manos, tampoco los ve.) Magdalena, ven, ven. Vamos a jugar aquí un rato, mientras Timo encierra los patos en el corral.

Magdalena. ¡Uy!... ¡Qué solo está esto!...

Paquito. ¡Calla! (Fijándose en Ana.)

Magdalena. ¿Qué?

Paquito. Allí hay alguien sentado.

Magdalena. Es una mujer.

Paquito. Y parece que llora.

Magdalena. ¿Vamos a preguntarle qué la pasa? (Acercándose.) ¿Lloras, buena mujer?

Ana. (Alzando la cabeza.) ¿Qué? ¿Quién?... ¡Magdalena!

Magdalena. ¡Ana, Ana!... Pero, ¿eres tú? ¡Corre, Paquito, corre! ¡Es Ana!

Paquito (Acercándose.) ¿Ana? Sí, pues es ella... ¡Cualquiera la conoce! Voy a avisar a Timo...

Magdalena. Sí, corre, corre.

Ana. (Deteniéndole.) No, no le avises aún.

Espera. Venid, venid, que os vea. Me parece mentira estar entre vosotros.

Paquito. Ya no te irás más, ¿verdad?

Magdalena. ¿No nos dejarás otra vez?

Ana. Nunca... Nunca... Vuelvo para estar siempre a vuestro lado.

Magdalena. Si vieras lo que te hemos echado de menos...

Ana. ¿De veras os habéis acordado de mí?

Paquito. Como que no teníamos con quién jugar.

Magdalena. Ni quien fuese con nosotros a robar fruta...

Paquito. Ni quien nos contase aquellas historias que nos contabas tú...

Bagdalena. Por ahí habrás aprendido muchas ¿verdad?

Ana. Muchas, muchas...

Magdalena. ¿Y nos las contarás?

Ana. ¡Pues no he de contároslas!...

Paquito. Pero ninguna será tan bonita como la última que nos dijiste; se llamaba «La balada del olvido».

Magdalena. ¿Por qué no nos cuentas alguna nueva?

Ana. Ahora tendría que contaros «La balada del regreso». Cuando la moza que se fué vuelve a su aldea, arrepentida, con el alma y el corazón hechos pedazos, sabiendo muchas cosas que mejor la hubiera sido no haberlas aprendido nunca, ya que el saberlas le ha costado para siempre la felicidad.

(Entra por el foro izquierda Enrique.)

Enrique. (Viendo a Ana.) Sí, no cabe duda. Es ella. (Dirigiéndose a ella.) ¡Ana!

Ana. (Poniéndose en pie.) ¡Enrique! ¿A qué has venido.

Enrique. A buscarte.

Ana. Es inútil; vete.

Enrique. ¿Irme? No; antes es preciso que hablemos. Es necesario que me oigas.

Ana. (Sin contestarle.) Magdalena, Paquito id un momento dentro. Os llamaré en

seguida. (Acompaña a los niños hasta la puerta de la casa, donde estos entran; después se vuelve a Enrique.) Habla.

Enrique. Ana, he venido a que te vuelvas a París conmigo.

Ana. ¿Por qué, y para qué?

Enrique. ¿Por qué? Porque ya no puedo vivir sin tenerte a mi lado. Porque te quiero más que nunca. ¿Para qué? Para que seas mía, para ser tu marido, si eso es lo que me exiges.

Ana. Es demasiado tarde para hablarme así.

Enrique. Entonces, ¿por qué soñabas tú con ver París; si no por qué te acordabas de mí? ¿Por qué dejaste el pueblo más que por el deseo de verme? ¿Por qué fuiste si no con la esperanza de encontrarme?

Ana. Acaso tengas razón; acaso todo eso sea verdad.

Enrique. ¿Entonces?

Ana. Pero yo soñaba con otro Enrique, con el Enrique de hace algunos años, cuando jugábamos juntos en el pueblo. El que ahora he encontrado era muy distinto a aquel. Es un hombre que, por reirse, fué capaz de matar a mi patita; que por reirse trató de conseguirme con engaños, que por reirse me hubiese hecho ser mala pa dejarme después.

Enrique. Es cierto, es cierto lo que dices. Pero, ¿y luego?

Ana. ¿Qué me importa a mí lo que pensases luego? Cuando viniste a mí arrepentido ya habías matado todas las ilusiones que yo tenía formadas sobre ti; ya habías hecho que mi cariño se acabase; ya no eras más que un señor muy rico que creía que el dinero lo podía todo.

Enrique. Ana...

Ana. Y si yo alguna vez te quise lo mismo

te habría querido si hubieses andado por esos montes cuidando rebaños como cualquier pastor.

Enrique. Pero, ¿por qué fuiste a París?

Ana. No me preguntes eso ya. Pregúntame sólo por qué he venido.

Enrique. No tienes razón, no la tienes.

Ana. ¿Qué sabes tú de mi huída por las carreteras, parando en los mesones, oyendo a los borrachos palabras que no quiero recordar y proposiciones que me avergüenzan? ¿Qué sabes de mi caminar con los pies descalzos, que míralos como me sangran, pidiendo a los carreteros que me llevasen en sus carros? Y todos, todos querían de mí lo mismo que quisiste tú y tus amigos en aquel maldito París, donde ojalá no te hubiese encontrado.

Enrique. ¿Quieres decir que me desprecias, que prefieres seguir viviendo aquí pobre a vivir rica a mi lado?

Ana. Sí; lo prefiero. (Aparece Timoteo que queda escuchándoles. Por el foro izquierda entra don Sabas que también queda oyéndoles. Poco después, Magdalena y Paquito.) Lo único que siento es que tal vez al venir aquí no voy a eso, ahora que el cariño que por ti creí sentir ha muerto para siempre y despierta, en cambio, el que ese otro hombre se merece. (Empieza a oirse la ronda que se acerca.)

MUSICA

Recitado

Enrique. No me hables así.

Ana. Lo triste es que ese hombre ya no me querrá como antes me quería.

Timoteo. (Avanzando.) Sí, Ana. Te quiero lo mis-

mo que entonces; te quiero más después de haberte oído.

Ana. ¡Timo! (Se echa en sus brazos.)

Timoteo. (A Enrique.) Váyase usted. Déjenos tranquilos.

Enrique. ¿Irme? ¿Irme sin ella? No; yo la arrancaré aunque sea de tus mismos brazos.

Sabas. (Avanzanzando y sujetándole.) ¡Enrique!

Timoteo. Ven, Ana. Los mozos suben a la ermita a pedirle al Santo que les proteja en su cariño. Vamos también nosotros. (Los mozos y mozas aparecen en el camino del foro. Ellas van coronadas de guinaldas y con panderos en la mano. Se ha de dar a este cuadro una gran animación y un gran colorido.)

Timoteo. (Recitado.) Esperad, esperad, que voy con vosotros.

Una moza ¿Vienes, Timo?

Timoteo. Sí; ya tengo moza que me acompañe a la ermita. Ven, Ana. Ven. (La coge de la mano y corre con ella hasta el camino.)

Enrique. ¡La he perdido para siempre!

Sabas. (Recitado.) ¡A París! ¡A París!

Enrique. (Recitado.) ¡Ana! ¡Ana!

(El cortejo de mozos y mozas se pone en marcha con gran alegría. Timoteo y Ana van entre ellos cogidos de la cintura. Los niños les dicen adiós con los pañuelos. Enrique, volviendo los ojos hacia Ana, es empujado por su padre.)

TELON

FIN DE LA OBRA

Obras de Joaquín Dicenta (hijo)

El libro de mis quimeras, poesías, 1912.

Lisonjas y lamentaciones, poesías, 1913.

El baile de Panaderos, novela corta, 1914.

El espectro, novela corta, 1921.

El bufón, tragedia en tres actos, en verso, 1913.

La leyenda del yermo, poema dramático en un acto y en prosa, 1915.

Gente de honor, drama en tres actos, en prosa, 1920.

El cuarto de Gallina, disparate en tres actos, en prosa, en colaboración con A. Paso (hijo), 1922.

El idilio de Pedrín, drama lírico en tres actos y un epílogo, en verso, en colaboración con Joaquín Dicenta y con música del maestro Jimeno Sanchiz, 1915.

El Carnaval de los viejos, capricho carnavalesco en un prólogo, en verso y dos actos en prosa, 1922.

¡No me conoces!, juguete cómico en un acto, en colaboración con A. Paso (hijo), 1922.

La casa del señor cura, disparate cómico en tres actos, en colaboración con A. Paso (hijo), 1922.

Rosario «La Cortijera», refundición dramática.

El Banco de España.

La casa de Salud.

La piscina de Buda, zarzuela cómica en un acto, en colaboración can A. Paso (hijo), 1923.

Simón y Manuela, juguete cómico.

Obras de Antonio Paso (hijo)

La maltratada.
El secreto del corredor, tres actos.
El preceptor de Su Alteza.
La fiesta de la alegría.
El cuarto verde.
El terror de las mujeres.
Escribidme una carta, señor cura...
Su Majestad la Verbena.
Los cien mil hijos de San Luis, tres actos.
Perico de Aranjuez.
El número uno.
El gran Olavide.
El capricho de una reina, dos actos.
La señorita Tenorio.
La mesonera de Pinto o El corregidor burlado.
La cortesana de Omán, dos actos.
El genio de Murillo.
Freskales-Park.
La chica del «Aguila» o Zapatero a tus zapatos.
Dinero por alhajas, entremés en prosa.
La paz conyugal, diálogo en prosa.
El debut del «Sabañón», diálogo en prosa.
Chiquilladas, diálogo en prosa.
La quinta del misterio, juguete cómico en tres actos.
La mancha de la mora, sainete lírico en un acto, música de los maestros Roig y Blanco.
El cuarto de Gallina, tres actos.
¡No me conoces!...
La casa del señor cura.
Rosario «La Cortijera».
El amor de Friné.
Los pícaros doctores o Amor que vuelve a nacer.
El Banco de España.
La casa de Salud.
La piscina de Buda.
Simón y Manuela, juguete cómico.

PRECIO: 3,50 PESETAS